

BLIZZARD ENTERTAINMENT

El cruzado:
El final de su viaje

Robert Brooks

I

Las puertas de la posada se abrieron de golpe, empujadas por unas manos enfundadas en guanteletes. Unas volutas de arena se colaron en la sala común, arrastradas por el vendaval. Reiter dejó de barrer y miró hacia la entrada. Lo único que el muchacho podía vislumbrar a la mortecina luz del amanecer era una silueta recortada sobre el umbral.

Se hizo el silencio durante un largo rato, interrumpido tan solo por el incesante silbido de la tormenta de arena.

La figura entró en el establecimiento. Su pesada armadura tintineó. Sobre la coraza llevaba una larga toga blanca con un símbolo extraño. Pero fue el arma lo que captó el interés de Reiter: un mango con una cadena corta y negra en cuyo extremo había un peso erizado de pinchos. El hombre también portaba un escudo inmenso. Era más alto que Reiter. Con cada paso que daba, su armadura hacía temblar el suelo de madera de la posada. El desconocido giró la cabeza, oculta bajo un grueso yelmo, para mirar al muchacho.

Reiter estaba demasiado asustado para correr, así que se le quedó mirando fijamente. Y esperó.

La figura se llevó la mano al yelmo y se lo quitó. Una larga cabellera castaña cayó sobre sus hombros; unos hombros *femeninos*. Reiter se quedó boquiabierto de asombro. *¡Era una mujer!* Jamás en toda su vida había visto una armadura tan elaborada y temible, ni siquiera entre la guardia de élite de los mercaderes que pasaban por el pueblo; y esos siempre eran hombres. O al menos eso es lo que pensaba Reiter. Lo cierto es que nunca había conocido a muchos.

La mujer tosió, y una capa de arena se desprendió de su armadura. ¿Había caminado a través de la tormenta de arena? Qué locura. Miró entonces a Reiter y sonrió. Su expresión era afable y serena.

—A ver si lo adivino —dijo—. ¿Eres el hijo del posadero?

Reiter tragó saliva y asintió.

—¿Padre? —llamó, sin apartar la vista de ella. Desde la primera planta de la posada se oyó un gruñido a modo de respuesta.

—¿Qué pasa, chico? ¿Ya has terminado de barrer?

—Tenemos una invitada.

—¿Con la que está cayendo? —respondió el padre mientras bajaba por las escaleras—. ¿Qué me estás...? Oh —su irritación se esfumó al instante, sustituida por la afabilidad que reservaba para la clientela—. Usted perdone, buen señor... señora, quiero decir. No esperaba huéspedes hoy. No con semejante tormenta, claro —su falsa deferencia se vio levemente empañada por las miradas nerviosas que lanzaba a la armadura de la mujer—. Bienvenida a la posada del Oasis. ¿Alojamiento para dos, pues?

¿Dos? Reiter desvió la mirada. No se había fijado en la compañera de la mujer, una chica vestida con ropas sencillas. Era más joven; de hecho, tendría más o menos la edad de Reiter. Sin embargo, al no llevar armadura había sufrido las inclemencias de la tormenta. Tenía el pelo apelmazado por la arena. Reiter decidió que podía pasar aquello por alto.

La mujer depositó suavemente su escudo en el suelo.

—Dicen que es usted un apasionado de la lectura, y que suele prestar libros a sus clientes. ¿Es eso cierto?

¿Libros? ¿Habían atravesado a pie una tormenta de arena por unos *libros*?

—Lo es, señora —respondió su padre—. Hay quien tiene mi posada por la mejor biblioteca de toda Kehjistan. Sin contar la de la propia Caldeum, claro está.

La mujer sonrió.

—En ese caso, nos gustaría hospedarnos aquí —dijo—. Con una condición: que no me trate de usted. Me llamo Anajinn.

—Desde luego, señ... Anajinn. Hoy tenemos muchas habitaciones libres en la posada del Oasis —dijo el padre de Reiter, acogiéndolas con los brazos abiertos—. Pocos tendrían el valor que habéis demostrado viajando con semejante tormenta.

La segunda recién llegada se rió.

—Valor. Ya, claro. Por perdernos en plena tormenta de arena. Ya puedo oír a los poetas dándose aires para componer sonetos en honor a nuestro coraje —dijo. Reiter le sonrió; sus miradas se cruzaron, y al cabo de un instante ella le devolvió educadamente la sonrisa.

La mujer armada hizo una mueca.

—Puede que nos haya sorprendido el temporal. O también puede que hubiéramos llegado hace varios días si cierta aprendiz no fuese incapaz de mantener el ritmo.

—A lo mejor esa cierta aprendiz no era la que quería explorar todas y cada una de las cuevas del desierto —replicó la joven.

—A lo mejor —Anajinn se sacó uno de los guanteletes y lo volcó, precipitando una diminuta cascada de arena sobre el suelo de madera. Reiter frunció el ceño. Ahora le tocaría a él barrerlo—. En cualquier caso, ha sido productivo —añadió la mujer con tono seco.

El posadero ladeó la cabeza, extrañado, pero no recibió más explicación.

—En fin, debéis de estar sedientas, y en la posada del Oasis siempre estamos bien provistos de agua fresca. ¿Reiter? ¿Puedes traer dos jarras para nuestras huéspedes? —hizo una pausa para mirar al muchacho—. ¡Reiter! —exclamó, chasqueando los dedos.

Reiter dio un respingo y apartó la mirada de la aprendiz.

—Agua. Sí, padre —respondió. Tomó dos jarras, abrió una trampilla que había en el suelo e introdujo un cazo en las barricas de agua que guardaban dentro.

Se alegró de poder ocultarse momentáneamente tras el mostrador. La compañera de la mujer armada... Reiter se esforzó por reprimir una sonrisa. La aprendiz tenía el cabello más claro, casi rubio, más largo que el de su maestra, y una mirada radiante. La elegante curva que trazaba su barbilla hasta el cuello... Hasta le había sonreído. Una sonrisa impersonal, pero sonrisa al fin y al cabo.

Le gusto, pensó Reiter.

El muchacho entregó las jarras a las dos mujeres, que se las bebieron de sendos tragos. Observó a la más joven. Ella le devolvió una mirada inquisitiva, y él desvió la mirada.

—Vamos al primer piso y os enseñaré vuestra habitación —dijo el padre de Reiter.

—A decir verdad, preferiría ver la biblioteca ahora mismo —respondió Anajinn—. ¿Tiene algún libro sobre la ciudad de Ureh?

En pocos instantes la mujer se había despojado de su armadura y seguido al padre de Reiter hasta la biblioteca, dejando a su aprendiz en la sala común.

—¿Puedes darme un paño y un cuenco de agua? Ya que estamos, me gustaría empezar a asearme —dijo ella.

—Claro —respondió Reiter, cogiendo los utensilios de detrás de la barra.

—Pensándolo mejor, no me hace falta el paño —le interrumpió la aprendiz—. Usaré un trozo de mi camisa.

—No importa, tenemos muchos.

—Es que no vas a recuperarlo. No vas a *querer* recuperarlo. Tendré que quemarlo cuando acabe —aclaró la aprendiz.

—Da igual —insistió Reiter, volviendo con el cuenco y el paño. Le dedicó su sonrisa más cautivadora, la que conseguía que la hija del tendero que vivía calle abajo le pestañeara de forma coqueta; Bea, se llamaba la muchacha, pero Reiter decidió no pensar en ella en ese momento—. Tenemos de sobra.

—Gracias —dijo la aprendiz. Su método de higiene era muy peculiar: mojó un par de dedos en el cuenco y dejó caer unas pocas gotas sobre el paño. Luego se puso a bruñir la coraza, una pieza gruesa de metal con grabados y accesorios muy elaborados.

Reiter se sentó junto a ella.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó.

—No, gracias.

El muchacho asintió con la cabeza y se inclinó hacia delante.

—¿Qué significan esos símbolos? Parecen marcas Zakarum.

—Lo son.

Aquello impresionó a Reiter.

—¿En serio? ¿Tu maestra es paladín? Por el pueblo han pasado muchos paladines, y ella es mucho más guapa que la mayoría —dijo, y aprovechó la oportunidad para añadir—. Y tú también.

Ella le regaló otra sonrisa fría.

—Anajinn no es paladín.

Reiter asintió de nuevo. En realidad no le importaba nada.

—¿Y vas a quedarte mucho por el pueblo? —preguntó.

La aprendiz frotó la armadura trazando círculos con el paño.

—Seguramente no. Ella dirá. Puede que unos días, no más.

Frunció el ceño al toparse con una mancha recalcitrante y salpicó más gotas de agua sobre el paño. Con sumo cuidado apretó el harapo húmedo contra la armadura. Al cabo de unos instantes pareció satisfecha y reanudó el bruñido.

—La he oído preguntar por Ureh. ¿Es una buscadora de tesoros? Por aquí pasan muchos de esos —dijo Reiter. Se recostó cuidadosamente contra el respaldo de la silla, relajando la postura en un intento por aparentar serenidad y confianza.

Ella lo contempló detenidamente.

—¿Buscadora de tesoros? Nunca lo había pensado de ese modo. Es casi apropiado.

Echó una última mirada a Reiter (y a su postura) y luego volvió al trabajo, sacudiendo la cabeza.

—Me llamo Reiter. ¿Tú cómo te llamas? —preguntó. La aprendiz sonrió, pero no dijo nada. Él esperó su respuesta. El silencio se prolongó. *Pues nada*. De todos modos tampoco le interesaba mucho conocer su nombre—. Pues si no es paladín, ¿a qué se dedica?

—Es una cruzada —respondió ella.

—Ah, claro. Una cruzada. Ya lo sabía —dijo Reiter. Ella lo miró de soslayo, y la sonrisa se esfumó de los labios del chico. Al parecer sabía que mentía.

Se produjo otro incómodo silencio. Reiter se removió intranquilo.

Por lo menos estaba hablando con él. Por algo se empezaba, ¿no?

Un mes atrás, un grupo de guardias reservó habitaciones en la posada y se pasó casi todo el tiempo escanciando las bebidas más baratas que pudieron encontrar. Reiter disfrutó de su compañía. Uno de ellos, un hombre moreno, sudoroso, con una túnica mugrienta y un cabello ralo con restos de sarna se propuso enseñar a Reiter «cómo funcionaba el mundo». Casi toda su conversación se centró en el modo de conseguir que «cualquier monada» (en sus propias palabras) accediera a pasar la noche en su compañía.

Consigue que una chica hable contigo, y estará interesada. Consigue que sonría, y ya tienes la mitad del trabajo hecho, le dijo el guardia entre susurros ebrios y mal contenidos. Su empalagoso aliento parecía haberse afincado en las fosas nasales de Reiter. *Consigue que crea que tenéis mucho en común, que no deje de sonreír, y te la habrás ganado. Si deja de sonreír, cambia de tema. Hazle un cumplido*. A Reiter le asombraba que fuese tan sencillo.

—¿Cómo te llamas? —volvió a preguntar Reiter, de nuevo sin obtener respuesta—. ¿Sueles limpiar las cosas de tu maestra? Mi padre siempre está mandándome limpiar cosas —la chica seguía muda, y el muchacho insistió—. Mi padre siempre dice que nuestra posada tiene que ser la más limpia de todo Reposo de Caldeum.

—Qué interesante —dijo ella. Rascó otra pertinaz mancha con la uña y apartó la mano bruscamente como si se hubiera quemado, murmurando para sus adentros. Luego apretó con fuerza una parte seca del paño sobre esa zona.

Reiter la observó detenidamente. Ya no sonreía. Cambió de tema.

—Si habéis estado caminando mucho tiempo, a lo mejor te viene bien un baño caliente. Tenemos muchas bañeras en la parte de atrás, y te puedo calentar un poco de agua. Si te apetece.

—Quizás luego —dijo ella.

—A mí no me importa —insistió, y luego continuó como si tal cosa—. Ni siquiera me importaría meterme contigo.

La aprendiz bajó el paño y clavó una mirada en Reiter.

—¿Perdona? —dijo.

Reiter notó cómo se le encendía la cara, y hurgó desesperadamente en su cerebro en busca de una explicación.

—¡Uy, lo siento muchísimo! Olvidaba que algunos lo consideran indecoroso. Aquí en el desierto es muy normal. Viene muy bien tener a alguien que te ayude a limpiarte la arena de los sitios menos accesibles.

Aquello solo lo empeoró todo. De nuevo se hizo un largo silencio...

—Trae, deja que te ayude —dijo de repente, cogiéndole el paño. Lo mojó rápidamente en el agua; al hacerlo rozó los cabellos de la chica con la mano y un escalofrío le recorrió el brazo. Sin pensarlo dos veces, puso el harapo sobre la coraza y empezó a frotarla.

—¡Espera...! —exclamó la aprendiz, ahogando un grito.

Cuando Reiter llegó a la mancha con el paño húmedo, todo pareció ocurrir a la vez. La aprendiz gritó. El cuenco de agua se volcó. La *mesa entera* sobre la que reposaba el cuenco se volcó. El aire se llenó de humo, un humo nauseabundo, y del hedor a azufre y a sangre infecta. Reiter profirió un alarido y se cayó de la silla. La aprendiz cogió la coraza y la arrojó por la puerta con un solo movimiento fluido. La pieza de armadura voló por el balcón y se perdió en la tormenta de arena.

Justo antes de caer al suelo, Reiter vio una llamarada verde que se propagó rápidamente por toda la coraza y desapareció con un foganazo. Justo después de caer, la mesa se le volcó encima y quedó atrapado y sin aliento.

Reiter chilló y gritó, luchando por apartar la mesa. Unos fuertes brazos levantaron el peso que le oprimía el pecho. Anajinn, la cruzada, lo observaba, preocupada.

El padre de Reiter entró corriendo en la sala común, con los ojos abiertos como platos.

—¿Qué ha pasado?

—Excelente pregunta —dijo Anajinn. La cruzada desvió la mirada de Reiter a la coraza que yacía fuera, en plena tormenta de arena, y luego a su aprendiz. A esta última la miró con expresión severa.

Para sorpresa de todos, la aprendiz se echó a reír. Sus carcajadas eran tan fuertes que tuvo que sentarse para no caerse al suelo. El padre de Reiter montó en cólera.

—¡En el nombre de Akarat! ¿Qué le ha pasado a mi hijo?

La aprendiz se secó las lágrimas de los ojos y dijo exactamente lo que Reiter esperaba que callase.

—Me ha preguntado si quería bañarme con él. Y luego ha intentado ayudarme a limpiar la armadura para disculparse —más risotadas llenaron la sala común—. Lo siento, Anajinn. No esperaba que echase agua en sangre seca de demonio.

—¿Que ha hecho qué? —exclamó el padre de Reiter, lanzando miradas furibundas a su hijo y a Anajinn. Reiter se encogió—. ¿Sangre *de qué*?

Anajinn seguía mirando fijamente a su aprendiz.

—¿Es eso cierto? —preguntó. La aprendiz contuvo la risa el tiempo suficiente para asentir con la cabeza—. ¿Cuánta? —la aprendiz hizo un gesto con los dedos para indicar el tamaño aproximado de una gran pulga. La cruzada suspiró aliviada—. Bueno, entonces no debería ocurrir nada malo.

El padre de Reiter pareció debatirse entre la preocupación, la ira y el miedo.

—¿Cómo que «nada malo»? ¿Qué ha hecho mi hijo?

—Nada catastrófico, al parecer —respondió Anajinn—. ¿Suelen desaparecer algunas de las caravanas que parten hacia Caldeum? ¿Sí? Pues no creo que tengan más problemas durante varios años. Justo antes de que estallase la tormenta de arena, nos topamos con un... nido. Esas criaturas en particular no disfrutaban del agua. Por razones evidentes. Este desierto es un paraíso para ellas.

La cruzada recogió otra pieza de su armadura, una greba, y la examinó minuciosamente con el ceño fruncido.

—Creía que habíamos limpiado todos los restos peligrosos, pero cuesta ser meticuloso cuando la arena te ciega durante tres días seguidos —dijo, inclinándose ante el padre de Reiter—. Le ruego humildemente que me perdone. Por ínfimo que fuese el peligro, el desliz ha sido mío.

Reiter vio que su padre movía la boca sin articular palabra. Finalmente se aclaró la garganta antes de hablar.

—Ya... ya veo. No ha pasado nada. Yo también he de disculparme por la conducta de mi hijo —dijo, fulminando a Reiter con la mirada.

—Oh, no hay necesidad de disculparse —aclaró Anajinn inmediatamente—. No tengo ningún problema en que su hijo intime con mi aprendiz.

—Eso no es... —se quejó la aprendiz.

—No necesito ninguna explicación —la interrumpió Anajinn con una sonrisa de oreja a oreja—. El amor de juventud es algo hermoso. Son los brotes que florecen en primavera, como las rosas del desierto. ¿Sabes? El juramento de los cruzados no prohíbe que...

—El juramento no —gruñó la aprendiz—. Pero mi buen gusto es otro cantar.

La estentórea carcajada de su padre persiguió a Reiter hasta la despensa principal de la posada. Se propuso como misión personal evitar a las dos mujeres durante el resto de su estancia, que duró alrededor de una semana.

Más o menos lo consiguió. En una ocasión, la aprendiz lo buscó para pedirle disculpas por su último comentario.

—Anajinn me está pegando su sentido del humor. Algunas veces podemos ser... mordaces entre nosotras, pero eso no es excusa. Lamento lo que te dije.

Reiter farfulló una respuesta y se alejó despidiéndose con un ademán. De todos modos parecía que tanto ella como su maestra estaban locas. *Sangre de demonio*. Meneó la cabeza. Debió de ser mentira. Era lo más razonable.

—Qué mujer más rara —comentó el padre de Reiter cuando se marcharon—. Pero anda que no tiene redaños. Decía ser una cruzada. Qué historia más interesante. Es de las ciénagas. Por lo visto ha venido al desierto en busca de alguna baratija religiosa. Tenías que haberle preguntado. Era un relato fascinante.

—Si tú lo dices —contestó Reiter.

II

—No te olvides de barrer —dijo desfallecido el padre de Reiter. Un ataque de tos sacudió su maltrecho cuerpo. Se tapó la boca con ambas manos, pero Reiter pudo ver las flemas que se colaban por entre sus dedos huesudos—. Limpia... la posada...

—Lo haré, padre. Termínate la sopa —respondió Reiter.

—No puedo... no me gusta su sabor...

—Bea la ha preparado expresamente para ti esta mañana —replicó Reiter con más paciencia de la que sentía—. Tienes que recobrar fuerzas. Acábatela toda.

El muchacho cerró la puerta con firmeza y volvió a la sala común. El almuerzo se había servido varias horas antes, y ya solo quedaban tres clientes sentados a las mesas: dos mercaderes fatigados que discutían los precios del vino de Westmarch y un tipo religioso que hojeaba en silencio un grueso libro. Reiter se metió detrás del mostrador. Su mujer estaba afilando uno de los cuchillos de cocina.

—¿Te importa llevarle un poco más de té a mi padre? —preguntó Reiter—. Hoy no se encuentra muy bien.

—¿Le guardo un poco de miel? —dijo Bea con expresión compasiva.

Reiter suspiró. El precio de la miel se había disparado en los últimos meses. El mercader de Tristán se estaba demorando. Reiter confiaba en tenerlo de regreso a la semana siguiente, pero de no ser así, la posada del Oasis no tardaría en quedarse sin existencias.

—Creo que no —negó, pero al ver la mirada de desaprobación de su mujer, se apresuró a añadir—. Si nos quedamos sin miel, nuestros clientes no estarán satisfechos y tal vez se resienta nuestra reputación. Mi padre no querría que eso pasara —la expresión de Bea se endureció aún más—. Estoy convencido de que él mismo te diría que no malgastases miel si estuviera al corriente de la situación. Esta posada lo es todo para él. Es su legado —Reiter se removió nervioso durante unos instantes, y después levantó ambas manos en gesto de derrota—. Está bien. Dale miel. Pero solo un poco.

Su esposa le miró aún más airada, pero preparó el té (con una generosa dosis de miel) y desapareció escaleras arriba.

Reiter volvió a suspirar. Aunque al final había transigido, estaba seguro de que se le echaría en cara luego. Bea parecía disfrutar haciéndolo sentirse mal sin motivo aparente.

La puerta de la posada se abrió de par en par. Unas pisadas resonaron por toda la sala común. Reiter dejó que su mirada se rezagase en las escaleras durante unos instantes y luego se dispuso a soltar su discurso de bienvenida.

—Bienvenido a la posada del Oasis, buen señor. ¿En qué puedo servirle?

—¿«Buen señor»? En fin, por lo menos es mejor que «señora» —rió una voz de mujer.

Reiter se giró. La recién llegada vestía una armadura pesada, la misma que había visto hacía ocho o nueve años. El yelmo, la coraza, el escudo, el mangual, el tabardo blanco con un símbolo de Zakarum bordado: era ella. Se quedó boquiabierto. ¿*La cruzada?*

—Esto... usted perdone, señora —dijo sin pensar.

Ella se rió entre dientes.

—«Señora»... Me llamo Anajinn, a secas.

—Perdón... Anajinn —respondió Reiter. ¿Así se llamaba? Parecía distinta de lo que él recordaba. Tenía el cabello más claro y más largo, la mandíbula más definida, la nariz un poco más pequeña. Curiosamente, también parecía más joven.

Advirtió las miradas de los demás parroquianos. Le reconfortó saber que no era el único que se sentía intimidado por el aspecto de la mujer.

—¿Necesita una habitación? ¿Se alojará su aprendiz con usted?

Aprendiza. Se le hizo un nudo en el estómago. En su mente afloraron imágenes de una mesa volcada y una mancha pertinaz. Sintió cómo se ruborizaba y desterró en el acto aquellos recuerdos de su memoria.

—Solamente necesito alojamiento para una persona. Todavía no he tomado a nadie como aprendiz —dijo ella—. También me gustaría consultar vuestra biblioteca.

Reiter le indicó la salida de la sala común y la condujo hacia la biblioteca.

—Desde luego. Tenemos la mejor biblioteca de... —frunció el ceño y dejó inconclusa la frase. ¿*Que no había tomado a nadie como aprendiz?* Anajinn tenía una la última vez que los visitó. Por otra parte, Reiter no parecía recordar con claridad aquella ordalía, así que descartó aquella idea—. La mejor biblioteca de toda Kehjistan. Sin contar la de la propia Caldeum, claro está.

Anajinn siguió al posadero, haciendo entrechocar ruidosamente las placas de su armadura con cada paso que daba.

—He estado en casi tres docenas de puestos avanzados a lo largo del desierto, y creo que tanto tu padre como tú estáis en lo cierto —dijo—. Sin duda tenéis la biblioteca más grande que he encontrado fuera de una gran ciudad. De hecho, jamás he visto ninguna parecida en otros pueblos como este.

—Fue idea de mi padre —explicó Reiter—. Reposo de Caldeum es pequeño, pero aquí hacen un alto casi todos los que vienen y van de Caldeum por la ruta del sur. Es por el oasis, ¿sabe? El último lugar en el que abastecerse de agua antes de atravesar esta parte tan inhóspita del desierto. Mi padre se percató de que había muchos peregrinos académicos y eruditos que no deseaban alojarse en la taberna que hay siguiendo el camino, de modo que abrió un establecimiento para darles cobijo —*una pérdida de tiempo y esfuerzo*, pensó Reiter, aunque se cuidó de no añadirlo. Se ganaba mucho más sirviendo vino y licores que ofreciendo quietud y espacio a estudiantes pobres—. Informó a los mercaderes de que estaba dispuesto a comprarles cualquier libro que pudieran conseguir.

—Tu padre. ¿Qué tal está?

—Se muere —dijo Reiter.

Anajinn inclinó la cabeza con gesto solidario.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudar? ¿Puedo verlo?

—Últimamente no se encuentra muy lúcido. No quisiera molestarlo con viejos recuerdos.

Anajinn le miró durante un instante.

—Como quieras —concedió. La puerta de la biblioteca estaba justo delante—. ¿Habéis adquirido libros nuevos desde mi última visita?

—Creo que sí —dijo Reiter. Él no había leído ninguno—. Hemos llegado —dijo, abriéndole la puerta para que entrase.

—Gracias —respondió ella.

Al dar un paso atrás, un mechón de su cabello rozó la mano de Reiter. Un mechón de cabellos *rubios*, como pudo apreciar. Entonces lo recordó todo de golpe: la maestra, la melena castaña, el nombre.

—Tú... tú no eres Anajinn. ¡Eres la aprendiz!

—Ya no —respondió ella sonriendo con sorna.

—Pero... la armadura... ¡Dijiste que te llamabas Anajinn!

—Y así me llamo —dijo la mujer.

La confusión de Reiter se convirtió en furia. Tuvo la impresión de que se estaba riendo a su costa. Otra vez.

—¡Ese era el nombre de tu maestra!

—Y ahora es el mío —dijo, aún sonriente—. ¿Tanto te extraña?

—¡Serás...! —Reiter bajó la voz—. Hablas como si *fuera* ella —siseó—. ¿Acaso pretendes burlarte de mí? ¿Es que no me avergonzaste lo suficiente aquella vez?

—No era mi intención faltarte al respeto. Soy cruzada. Soy Anajinn —dijo ella—. Como también lo era mi maestra. Y su maestra antes que ella.

—¿*Todas* os llamáis Anajinn?

—Cuando tomé el escudo de mi maestra, también asumí su causa y su nombre —explicó la cruzada.

—¿Que tomaste su escudo? ¿Por qué? ¿Es que tu maestra está... *muerta*? —de repente Reiter no quiso saberlo y cambió de tema—. ¿Sigues buscando libros que hablen de la ciudad de Ureh?

—No —contestó ella—. Necesito información sobre las crónicas perdidas de Tal Rasha.

—Entiendo... —aunque lo cierto era que no—. Entonces te dejaré sola —dijo, dando media vuelta y regresando apresuradamente a la sala común.

Bea le estaba esperando.

—¿Una nueva huésped? —preguntó. Reiter asintió hoscamente—. ¿Quién es?

—Estuvo aquí hace unos años. Me parece que está loca —susurró. Bea lo miró extrañada.

Reiter recogió los platos de los mercaderes y llevó un jarro de agua fresca al hombre solitario de la otra mesa. *Sí que está loca*, pensó Reiter mientras rellenaba el vaso del hombre hasta el borde. *Nadie que esté cuerdo se apropia del nombre de otra persona y trata de vivir su vida. No es razonable*. Se preguntó sin ningún escrúpulo cuánto tardaría en vender todos los libros de la biblioteca cuando su padre falleciese. Quizá fuera mejor no darle motivos a la cruzada para regresar otro día.

Una voz áspera lo sacó de sus pensamientos.

—Posadero —era el hombre cuyo vaso acababa de escanciar. El tipo religioso—. ¿Quién era esa mujer? La que llevaba armadura.

—A decir verdad, no estoy seguro —respondió Reiter, y era la verdad—. Es muy extraña.

El hombre cerró su libro con fuerza. Sobre el lomo había uno de los símbolos de la fe Zakarum que le resultaban tan familiares. Era extraordinariamente similar al sello que portaba la cruzada. Ahora que lo pensaba, aquel hombre había llegado vestido con su propia armadura, que no era muy diferente a la de Anajinn.

—¿Había estado aquí antes? —preguntó el hombre. Había algo en el tono de su voz que no gustó a Reiter.

—Una vez, hace ya varios años. Yo era solo un crío —respondió, confiando en aparentar poco interés—. Ya en aquella ocasión me pareció peculiar. No demasiado razonable, pero inofensiva —en ese momento se preguntó si no habría juzgado mal las intenciones de aquel tipo— ¿Es... es amiga suya?

—No —replicó, y comparado con su tono, el hielo era cálido—. Así que no demasiado sensata. Qué interesante. ¿Y qué me dice de usted, posadero? ¿Se considera usted un hombre razonable?

—Supongo que sí —dijo Reiter.

—¿De veras? ¿Y por qué acogería un hombre razonable a una hereje?

Reiter dio un paso atrás.

—¿Cómo?

—He visto los símbolos de su armadura. Los del tabardo. Esos no son simples piezas ornamentales —dijo el hombre poniéndose en pie y mirando a Reiter por primera vez desde su imponente estatura—. Soy paladín de la Mano de Zakarum. Erradico la corrupción y la herejía allí donde la encuentro —clavó el dedo en el pecho de Reiter, y el posadero estuvo a punto de perder el equilibrio—. No percibo la Luz en su interior. Veo algo distinto. Si sirve usted a la fe, no debe permitir que se hospede en su posada. ¿Sirve usted a la fe, posadero?

—Sí, por supuesto que sí —exclamó Reiter con voz atiplada.

—¿Entonces por qué consiente su presencia? —inquirió el paladín.

Reiter se echó a temblar ante el hombretón. Nunca había visto a un paladín tan enfadado.

—Yo honro a todos los que afirman gozar del favor de la Luz. ¿Cómo iba yo a saber lo que es? —entonces se le ocurrió una idea—. Dijo que era cruzada. Yo di por sentado que pertenecía a su misma orden. Perdóneme —suplicó, postrándose de rodillas—. Temo que mi ignorancia me haya llevado a cometer un pecado mortal. ¿Puede usted perdonarme, buen señor? —dijo, conteniendo la respiración.

Se produjo una pausa muy, muy larga.

—¿Una cruzada? —preguntó el hombre. Reiter levantó la vista un instante fugaz; el paladín ni siquiera le estaba mirando—. ¿Y por qué ese nombre...?

—No tiene más que decirlo y la echaré inmediatamente de esta posada, buen señor —exhaló Reiter. El paladín parecía abstraído.

—Sí. Dile que se reúna conmigo frente a la posada. Yo mismo evaluaré sus intenciones. Y si fuera menester, me ocuparé de ella —sentenció el paladín. Luego subió por las escaleras con pasos largos, llevando consigo su libro.

Reiter se puso en pie hecho un manojito de nervios y se enjugó el sudor de la frente. *Esto es bueno*, se dijo a sí mismo. Que Anajinn resolviese su disputa con el paladín. Cuanto más lejos de la posada, mejor. Oyó al paladín dando fuertes pisadas en el piso de arriba. A juzgar por los ruidos metálicos, estaba ciñéndose la armadura. Reiter se estremeció.

Pero no quería que Anajinn advirtiera su miedo. Ya lo había visto humillado por un poco de sangre y agua. No, se limitaría a pedirle que se marchase. Lo demás carecía de importancia. Era la posada de Reiter (o lo sería cuando su padre muriese), y no la quería en ella. Era perfectamente sensato.

Anajinn leía un grueso volumen cuando el posadero entró en la biblioteca.

—Anajinn, o como quiera que te llames, tienes que irte ahora mismo.

La cruzada le echó una mirada rápida y luego pasó una página, repasando el texto con un dedo enguantado mientras leía.

—He oído a alguien muy enfadado ahí abajo —dijo.

—Hay un hombre... un paladín. Dice que eres una hereje —declaró Reiter. Ella se rió.

—Seguro que sí —dijo sin apartar la vista del libro. Reiter se puso a balbucear—. ¿Ha amenazado con matarme?

—Bueno, no... Sí —admitió Reiter, tratando de mantener una voz firme—. Creo que pretende matarte. En estos momentos te estará esperando fuera.

—Qué amable por su parte enviarte para avisarme —dijo.

Y siguió leyendo. Reiter no paraba de moverse, nervioso.

—¿No vas a... enfrentarte a él?

—A su debido momento. Si aún sigue ahí fuera —respondió—. Igual se queda esperando un rato. Me queda mucho por leer. Quizá se le ocurra algo mejor que hacer.

Reiter se sentía totalmente indefenso. Sacarla a rastras parecía una mala idea. Pese a ello, decidió insistir.

—Anajinn, quiero que te vayas de mi posada. Ahora mismo —le advirtió. Ella no reaccionó de inmediato, y Reiter finalmente estalló—. ¿Se puede saber qué te pasa? ¿Qué hay en ese libro más importante que un hombre que amenaza con matarte? ¡Por todos los infiernos! ¿Para qué has vuelto a mi posada?

Anajinn suspiró y dejó el libro sobre la mesa, enderezándose en la silla. Su armadura tintineó suavemente.

—Tu padre le pidió a mi maestra...

—¿A la verdadera Anajinn? ¿La primera? —la interrumpió Reiter sin pensar. Ella, sin embargo, no pareció ofenderse.

—Sí, a ella. Pero no era la primera. Anajinn emprendió su cruzada hace un par de siglos —explicó ella. Reiter pestañeó al oírla, pero la dejó continuar—. Tu padre nos hizo toda clase de preguntas sobre nuestra cruzada. ¿No te ha contado nada? —Reiter negó con la cabeza, apretando los labios con fuerza—. Entonces seré breve. Estoy buscando algo que salve a mi culto.

—¿De... de qué?

—Del declive. De la corrupción —respondió Anajinn con una sonrisa triste.

—¿Y por qué te odia tanto este paladín?

—¿Te gustaría a ti que alguien te dijera que tu religión se basa en una mentira? ¿Que está condenada a pudrirse y a causar tormentos indecibles? —dijo, soltando un suspiro— No creo que ese paladín de ahí fuera sea de alto rango. Solo los líderes de su orden conocen la existencia de la cruzada. Si fuera uno de ellos, no exhibiría tanta paciencia.

—¿Qué haría?

—Reduciría tu posada a cenizas para acabar conmigo —dijo Anajinn, y su expresión se tornó más severa—. No sé si seré capaz de disuadirle; de no ser así, lo más probable es que deba marcharme del pueblo. Así que pienso continuar con mi lectura hasta que esté lista para irme.

—¡Pero ha amenazado con matarme a mí también! —ya está, por fin lo había soltado.

Se produjo una pausa.

—¿Eso ha hecho?

—Bueno, con menos palabras...

Anajinn lo interrumpió.

—Pero te has sentido amenazado —declaró; no era una pregunta. Anajinn cerró el libro—. Entonces partiré de inmediato. No deseo que corras ningún riesgo por mi culpa. Aunque este libro —añadió, sosteniéndolo en sus manos—. ¿Estarías dispuesto a vendérmelo? Puedo pagártelo bien.

Reiter la miró fijamente.

* * *

Amphi podía notar cómo se agotaba su paciencia con cada latido, como granos de arena escurriéndose por el cuello de un reloj. El viento azotaba el camino que pasaba frente a la posada, fustigando su armadura con el polvo que levantaba.

—Cruzada —musitó el paladín. No recordaba dónde había oído aquel nombre por primera vez. ¿Acaso lo había leído? ¿Lo habría estudiado siendo acólito en Kurast? No. Estaba convencido de ello. ¿Entonces por qué le causaba tal inquietud su nombre? Los cruzados no gozaban de las simpatías de la orden de Amphi. Eso lo tenía claro, pero incluso esa certeza se le antojaba insuficiente. Los símbolos de su armadura habían sido grabados con esmero y veneración, no con un afán manifiesto de blasfemia. La cruzada no era ningún bufón, ni tampoco uno de esos farsantes que se pintaban símbolos Zakarum en el cuerpo y se pavoneaban por las tabernas más sórdidas.

Cennis. Aquel era un nombre en el que Amphi no había pensado desde hacía muchos años. Así se llamaba uno de sus mejores amigos en los templos de Travincal, un muchacho con una sed insaciable de conocimientos. Quizá fuera eso. Una noche Cennis se coló en el estudio de uno de los ancianos de la Mano de Zakarum y le robó un libro. Arrebatado por la emoción, le contó a Amphi todo lo que había descubierto al leerlo, cosas que no se impartían en ninguna clase. Incluso estaba un poco asustado. Había

encontrado saberes prohibidos, crímenes olvidados. Escisiones en el culto. Lo curioso es que Cennis desapareció poco después, y Amphi...

¿Qué le había ocurrido a Cennis? Amphi se enfureció. Se trataba de una sensación familiar. Cada vez que pensaba en su infancia, el odio y la rabia se apoderaban de su mente. Era como si los recuerdos estuvieran sumergidos en una cloaca tóxica y cubiertos de vileza. Pronto su curiosidad dio paso a un remolino de furia, y...

La cruzada. Amphi se apretó las sienes con ambas manos y parpadeó. ¿En qué había estado pensando? ¿En un amigo de su infancia? Sí, eso era. Lo sacó de su mente. Tenía cosas más importantes en las que concentrarse.

—¿Querías hablar conmigo? —la voz devolvió a Amphi al presente. Allí estaba ella.

Amphi vio a varias personas metiéndose a toda prisa en sus casas por toda la calle. Viajeros y lugareños por igual se refugiaban en lugar seguro. Muy prudente por su parte, pensó Amphi. De repente se percató de que la mujer lo miraba extrañada, con la cabeza inclinada a un lado.

—¿Te encuentras bien, paladín? —preguntó la cruzada.

—Dime cómo te llamas —dijo Amphi—. Dime quién eres, si la maldad que guía tus pasos...

—Me llamo Anajinn. Soy una cruzada —reveló ella, enarcando una ceja—. Y confío en que podamos mantener una conversación con calma.

—Yo no negocio con el mal. Lo castigo allá donde lo encuentro —espetó el paladín.

—Bien —dijo alegremente Anajinn—. Entonces ya tenemos algo en común. Pero no creo que haya necesidad de castigar a nadie hoy. ¿Qué te aflige?

Amphi desenvainó la espada con un rápido movimiento. La mujer ni siquiera se inmutó, lo que no hizo sino enardecer su furia.

—Eres una hereje, ¿no es cierto?

—No, no lo soy —replicó ella.

—¿Afirmas profesar mi misma fe? —rugió el paladín—. ¿Afirmas rendir pleitesía a Zakarum?

—No como tú lo expones —respondió Anajinn. Hizo una pausa, y luego se dirigió a él con afabilidad—. Tenemos mucho en común, paladín. *Mucho*. Ambos aspiramos a lo mismo.

Amphi escupió en el suelo. ¿Por qué las palabras de aquella mujer le roían las entrañas? Apenas podía reprimir el impulso de acometerla en el acto. El deseo cada vez era mayor, pero se contuvo e insistió con la voz tensa.

—Esos símbolos que vistes son sagrados. No tienes derecho alguno de exhibirlos.

La cruzada meneó la cabeza.

—Eso no es lo que te aflige, ¿verdad? Dime qué es lo que sabes de mí.

—Profanas mi fe —respondió.

—¿Cómo?

—*No... lo... sé...* —gruñó el paladín.

—Te diré lo que yo sí sé —declaró Anajinn— Sé que el mal puede medrar en cualquier parte. En cualquiera. Incluso en quienes afirman defender la virtud y la justicia. Sobre todo si no se andan con cuidado.

—Silencio —susurró Amphi. Su rabia comenzó a disiparse.

—Sé que el camino que te ha traído hasta aquí está lleno de pesares —continuó ella—. Sé que valoras la honradez, y sé que sospechas que hay algo que no marcha como debe en el culto. Sé que te has afanado por comprenderlo, y lo que es más importante, sé que eres fuerte, porque aún no has sucumbido por completo al mal.

—Por favor, no sigas —suplicó Amphi. Tenía razón. En todo. Había cuestionado en un sinfín de ocasiones los actos de su orden. Su mente estaba sumida en un conflicto.

—Sé que has sentido la gloria de la Luz, pues de lo contrario habrías renunciado a tus votos —dijo ella—. Y sé que la has sentido en los campos, en el mundo, entre sus habitantes... pero nunca en Travincal. Nunca en los templos de tu orden. Y sé que tú mismo sabes por qué. En el fondo de tu corazón, lo sabes. Aun cuando te hayan ocultado las respuestas.

Los ojos del paladín refulgían de dolor. Bajó la cabeza sin decir palabra. En su interior se había desatado una tormenta. Se dejó arrastrar por su furor en busca de la verdad.

Lo que vio fue una piedra. Estaba envuelta en tinieblas.

Algo cedió. Su confusión se desvaneció al instante.

Odio. El odio ocupó su lugar. Un odio puro, visceral.

Amphi levantó su espada en dirección a la cruzada, sintiendo que su propósito estaba claro por primera vez desde que puso sus ojos en ella. Alzó las manos por encima de la cabeza y conjuró el poder de la Luz.

—Basta de palabras, hereje. ¡Muere! —rugió.

Anajinn se limitó a asentir con la cabeza.

—Que así sea —concedió, sonriendo con tristeza mientras Amphi daba rienda suelta a toda su furia.

* * *

Reiter no pudo distinguir las palabras del paladín, pero su expresión de violencia era inconfundible. Continuó mirando por la ventana delantera de la posada. Instantes después, Bea se reunió con él.

—Vuelve atrás —siseó él—. Esto es peligroso.

—Vuelve tú primero —replicó ella. Reiter la miró con el entrecejo fruncido, pero un fogonazo de luz volvió a atraer su atención hacia la calle.

Bea ahogó un grito. Reiter dio un respingo. El paladín había invocado... algo... que refulgía como el sol del mediodía. El hombre lo alzó sobre su cabeza, gritó a Anajinn y luego se lo arrojó.

Justo antes del impacto, Reiter vio que Anajinn sonreía.

Se oyó un estruendo, y una llamarada tremenda explotó en el lugar donde hacía meros segundos se había encontrado Anajinn. No se vio rastro alguno de la cruzada.

Durante un breve instante.

Una intensa luz descendió de los cielos, un rayo de energía radiante y pura. Anajinn descendió con él. El paladín ni siquiera la vio venir. Y luego ya no pudo ver nada más.

Reiter profirió un grito de pánico y retrocedió dando traspiés y cubriéndose los ojos con los brazos para protegerse de la cegadora luz. Cuando por fin bajó las manos, la silueta purpúrea del rayo aún danzaba en su retina. Parpadeó con fuerza y entrecerró los ojos. Anajinn estaba sola, tranquila, con su mangual balanceándose lentamente en su costado.

Del paladín *sí que había* rastros. Muchos, de hecho, todos diseminados en una zona extensa. Alrededor de Anajinn la arena parecía estar húmeda.

Reiter notó que empezaba a temblar. Bea permanecía junto a él, tapándose la boca con las manos. Observaron enmudecidos cómo Anajinn encajaba con cuidado el mango de

su mangual en el enganche de seguridad de su armadura, y tras dirigir una última mirada a la posada, la cruzada partió hacia el oeste, tomando el camino que salía de Reposo de Caldeum, con la puesta del sol como guía.

La acompañaba un silencio absoluto. El pueblo entero la vio marcharse conteniendo el aliento.

Reiter oyó ruidos en el piso de arriba. En el cuarto de su padre. Subió corriendo las escaleras y abrió la puerta.

—¡Padre! ¿Te encuentras bien?

Su padre no había estado tan vivo en meses. Estaba mirando por la ventana, siguiendo a Anajinn con la mirada hasta que desapareció en el desierto.

—Es ella, ¿verdad? ¡La de hace tantos años! Ojalá hubiera subido a visitarme. Sabía que tenía redaños. Le ha dado lo suyo a ese malnacido, ¿verdad que sí?

—Si tú lo dices —contestó Reiter.

III

—No soy un hereje. He seguido la fe durante toda mi vida —dijo Reiter, esforzándose por mantener la serenidad en la voz. Tres rostros impasibles le devolvieron la mirada. No sabía si le creían—. Solo soy un humilde siervo que desea honrar las palabras del sabio profeta Akarat. Estoy seguro de que habré cometido algún que otro desliz, pero no...

El más bajo de los paladines, un hombre delgado de incipiente calva y rostro demacrado, le interrumpió.

—Eso es precisamente lo que nos preocupa. Que pareces haber cometido un desliz —le increpó, haciendo retroceder al posadero de un empujón—. Acogiste voluntariamente a una enemiga de la fe, y un hombre honrado murió tratando de enmendar tu error. Uno de nuestros hermanos.

—¡No, no! —exclamó Reiter con voz entrecortada mientras el paladín lo estampaba contra la pared. El golpe hizo crujir las tablas de madera—. Cuando vuestro hermano me pidió ayuda, yo se la ofrecí. ¡Sin dudarle siquiera!

—Con Amphi muerto, lo único que tenemos es tu palabra —dijo el segundo paladín—. Pero lo que sí sabemos es que, de todos los edificios que hay en este puesto avanzado dejado de la mano de Akarat, la hereje decidió alojarse en el tuyo.

—No puedo ver lo que hay en el alma de una persona cuando entra en mi local —se quejó Reiter. El primer paladín le estrujó el hombro con la mano. Con fuerza. Reiter chilló de dolor—. ¡Os digo la verdad! ¡Os he contado todo lo que recuerdo de ella, y hace años que no pasa por aquí!

El tercer paladín rompió su silencio.

—Nos ha dicho su nombre —dijo—. Anajinn. Ya es más de lo que sabíamos antes.

El primer paladín meneó la cabeza.

—Sigo pensando que nos oculta algo —dijo, sin dejar de sujetar al posadero contra la pared con una mano mientras le ponía la otra delante de la cara. Un destello de luz bailaba entre sus dedos—. Quiero que entienda que voy en serio.

Reiter trató en vano de zafarse. Varias chispas brotaron del puño del paladín. Una de ellas aterrizó sobre la nariz del posadero, provocándole un dolor lacerante que le penetró el cráneo y le hizo gritar de dolor.

—Ya basta, Cennis —dijo el tercer paladín—. Si los informes son ciertos, si la cruzada está en esta región, la encontraremos. No podrá ocultarse en el desierto para siempre sin visitar el oasis. No hay necesidad de seguir atormentando a este pobre diablo.

—No cuestiones mis métodos. Yo estoy al mando —dijo el primer paladín, acercando lentamente la mano al rostro de Reiter.

El segundo paladín agarró con fuerza el brazo del primero.

—Basta.

Se miraron mutuamente durante largo rato. Reiter, pestañeando para contener las lágrimas, temió que se volvieran unos contra otros. Aunque aquello lo aterraba mucho menos que la posibilidad de que ambos se volvieran contra él.

—De acuerdo —dijo finalmente el primer paladín, soltando a Reiter. El posadero se hincó de rodillas, sollozando y aferrándose el hombro izquierdo; un hilillo de mocos goteó desde su nariz hasta el suelo—. Puede que tengas razón. Las noticias de Travincal, los templos... Quizás me haya precipitado, pero no pienso disculparme.

—Ni falta que hace —apostilló el segundo paladín—. A fin de cuentas, sí que la acogió, aunque no supiera quién era. Supongo que no volverá a cometer el mismo error.

—No, jamás —declaró Reiter, meneando la cabeza desesperadamente.

—Bien —dijo el primer paladín—. Y si alguna vez vuelves a ver a esa despreciable alimaña, nos informarás sin dilación —añadió, inclinándose hacia abajo hasta que su cara estuvo a escasos centímetros de la del posadero—. ¿Me has entendido?

—Sí. ¡Sí!

Los tres paladines se dieron la vuelta al unísono y salieron de la posada. No había clientes en la sala común. Reiter estaba solo, jadeando y gimoteando.

—¿Estás bien, padre? —dijo una voz vacilante.

Reiter sorbió por la nariz una última vez, se secó los ojos y se volvió para mirar a su hija Lilsa.

—Pues claro que estoy bien. Es que se me ha metido arena en los ojos. A veces me pasa y quedo como un tonto —dijo, poniéndose en pie y obligándose a sonreír. La niña apenas tenía cuatro años, aunque a menudo parecía más avispada que muchos niños con el doble de su edad—. Esos hombres tan simpáticos han decidido pasar la noche en otra parte.

Su hija se mordisqueó la uña del pulgar antes de responder.

—A mí no me han parecido simpáticos.

Reiter tuvo que reírse.

—No, supongo que no lo eran —admitió, y volvió a secarse los ojos—. ¿Y tu madre?

—Está atrás, con unas señoras muy agradables que tienen cosas de metal que brillan —respondió Lilsa.

Aquellas palabras, pronunciadas con la mayor de las inocencias, lo paralizaron en el acto. Le dio un vuelco el corazón.

No era posible. No podía ser.

Se arrodilló rápidamente para situarse a la misma altura que su hija. Ella dio un respingo al ver su expresión, así que el posadero trató de sonreír otra vez.

—¿Quiénes son esas señoras, Lilsa? —exclamó, y la chiquilla se apartó de él. Puede que su sonrisa no fuera muy convincente—. Lilsa, dime, ¿quiénes son? Es muy importante —insistió.

La niña tenía los ojos abiertos como platos.

—Dos señoras. Me parece que una de ellas tiene pupa —dijo finalmente Lilsa.

Reiter cogió a Lilsa en brazos con ternura, recorrió el almacén dando zancadas y abrió la puerta trasera. El abrasador sol del desierto saturó sus sentidos, pero lo que había visto no se prestaba a confusión. Había tres mujeres sentadas en el largo banco de madera que había tras la posada.

A un lado estaba Bea, atareada con un paño húmedo. Al otro se sentaba una muchacha a la que Reiter no había visto nunca. Y en medio de las dos...

... estaba ella.

—¿Qué estás haciendo *tú* aquí otra vez? —bufó Reiter presa del pánico mientras sentaba a su hija.

—Está herida, Reiter —intervino Bea con firmeza—. Tranquilízate.

—¡Me trae sin cuidado! Acaban de invadir mi posada por su culpa —exclamó Reiter. Luego se volvió hacia Anajinn, que tenía la cabeza gacha y respiraba muy despacio—. Has traído a tus enemigos a mi posada, cruzada, y... —Reiter enmudeció con el ceño

fruncido. La tierra que había debajo del banco estaba empapada. Goteaba sangre de debajo de su armadura—. ¿Qué ha pasado?

La muchacha respondió por ella. Tenía más o menos la misma edad que Anajinn —la actual Anajinn— cuando Reiter la conoció.

—Ayer tuvimos un encontronazo en el desierto, y Anajinn olvidó esquivar —aclaró. Con mucho cuidado retiró el peto de la armadura de la cruzada. Reiter ahogó un grito. Un tajo de feo aspecto cruzaba el abdomen de Anajinn desde un costado hasta el otro—. Las heridas de los filos que empuñan los demonios no se cierran fácilmente.

Reiter notó que su hija se aferraba a su pierna.

—¿Demonios?

—No tienes por qué preocuparte —susurró Anajinn con voz débil—. Dimos buena cuenta de ellos.

—De *ti* sí que han estado a punto de dar buena cuenta —resopló la muchacha—. Voy a intentar curarte otra vez —se arrodilló frente a la cruzada y abrió un voluminoso libro, un viejo tomo escrito en un lenguaje arcaico. La aprendiz señaló un párrafo y se lo mostró a Anajinn—. ¿Empiezo por aquí?

—Sí —respondió Anajinn—. Serena tu mente. Concéntrate. Proyecta tu fe.

Reiter las miró, confundido.

—No entiendo nada. ¿Qué está...? —Bea lo mandó callar con un ademán. Él guardó silencio.

La cruzada no dijo nada más. Su aprendiz comenzó a hablar, recitando una antigua ley del culto a Zakarum. Reiter frunció el ceño. ¿Qué pretendía conseguir con un sermón? Aunque debía admitir que sus palabras de esperanza eran bienvenidas. De repente el día pareció un poco más luminoso, un poco más cálido. Acogedor. Reiter levantó la vista, asombrado. Era como si la Luz los envolviera a todos.

La aprendiz completó el pasaje y cerró el libro.

—Ya está —dijo. Anajinn levantó la cabeza y se puso en pie. Al principio se tambaleó un poco, pero apartó la mano que le tendió su aprendiz. Hizo girar los hombros y se estiró. Aún tenía la camisa manchada de rojo, pero había dejado de sangrar.

—Buen trabajo —admitió Anajinn. El rostro de su aprendiz se iluminó.

Reiter pestañeó. La herida de la cruzada había desaparecido. Como si nunca hubiera existido.

—¿Ha...? ¿Cómo...? —finalmente recuperó la compostura—. Da igual. Os tenéis que ir ahora mismo.

—Reiter —lo reprendió Bea con tono de advertencia, pero el posadero meneó la cabeza y continuó hablando.

—Tengo una hija, una mujer encinta y una posada que proteger —dijo—. Y hay tres paladines en el pueblo, o al menos espero que solo sean tres, y saben que estás por aquí. Deja mi posada tranquila. Por favor.

Reiter esperaba una discusión. Esperaba que Anajinn se opusiera. Pero ella se limitó a asentir con la cabeza y se volvió a ceñir el peto con dificultad.

—Lamento que te hayan importunado. La mayoría eran bienintencionados, pero en las últimas semanas han perdido el rumbo —comentó. Su aprendiz le entregó una espada envainada y su mangual. Colgó las armas en su armadura con naturalidad, y por último, recogió su escudo—. Guárdate de todo el que provenga de Travincal. Allí ha sucedido algo terrible. Pueden ser muy volátiles.

—Eso ya lo sé, cruzada —espetó Reiter—. Uno de ellos ha estado a punto de arrancarme la cabeza. ¡Me culpan de lo que *tú* hiciste! Me hacen responsable de la muerte de aquel otro paladín.

Anajinn se detuvo en seco.

—¿A ti?

—¡Sí! —exclamó Reiter, inclinándose hacia la mujer con el rostro rojo de ira y vergüenza—. Viniste a mi posada. No a la de ningún otro. A la mía. Creo que eso me hace culpable. Me dijeron que creían que les estaba ocultando algo.

—¿Dónde están ahora? —preguntó Anajinn tranquilamente.

—Ahora son el problema de algún otro. Según parece, pretendían registrar el resto de Reposo de Caldeum —explicó Reiter. El posadero se echó hacia atrás, satisfecho al ver la expresión de la cruzada—. En fin, que ya me has causado suficientes problemas. Te quiero fuera de mi posada ahora mismo.

Anajinn y su aprendiz intercambiaron unas miradas indescifrables, y la cruzada dejó caer el escudo hasta hundirlo de canto en la arena. Luego meneó la cabeza.

—No podemos marcharnos.

—Bien —declaró Bea—. Porque las dos tenéis que descansar antes de ir a ninguna parte.

—¡Bea! —exclamó Reiter con la boca abierta. Ella le lanzó una mirada desafiante.

—Tenemos habitaciones de sobra. No hay ningún huésped. Podemos mantenerlas a salvo durante un par de noches.

—¡Pero los paladines!

—¿Qué pasa con ellos? Si ya se han ido —respondió Bea—. Estas dos han venido del sur. Por el desierto, no por el camino principal. No las ha visto nadie. Pondremos unos colchones en la despensa pequeña y apilaremos cajas de nabos y cecina delante de la puerta. Si los paladines regresan, no sabrán que hay una habitación ahí. Hasta puedes invitarlos a que registren la posada. Eso fue lo que hicimos cuando aparecieron aquellos bandidos el año pasado. Y entonces dijiste que te parecía una buena idea.

—Hay un problema más grave —intervino Anajinn. Bea y Reiter se giraron para mirarla—. Los paladines volverán, y no importará que nos encuentren o no.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó Reiter.

—Porque ya te culpan —respondió Anajinn fríamente—. No están en sus cabales. Es muy posible que descarguen su ira sobre ti, o sobre otros, cuando no encuentren nada al registrar el pueblo. No los mueve un propósito divino, sino el odio. Tu familia y tú corréis peligro, posadero.

—¡Por tu culpa!

—Sí —admitió la cruzada—. Y no pienso dejaros a vosotros ni a vuestro pueblo a su merced. Si no quieres que proteja tu posada directamente, mi aprendiz y yo acamparemos en el desierto, donde no puedan vernos. Si oímos o percibimos...

—Anda, no seas ridícula. Estaréis estupendamente en una de nuestras despensas —la interrumpió Bea, cortando los balbuceos airados de Reiter con una mirada fulminante—. No es ninguna molestia. Dejarme que hable un momento a solas con mi marido.

Reiter se dejó llevar a él y a Lilsa al interior de la posada, donde la cruzada no podía oírles, antes de prorrumpir en estridentes susurros.

—¿Pero tú te has vuelto loca, Bea? ¡Que esos paladines nos van a matar!

Bea esperó a que terminase su exabrupto.

—Lilsa, ¿quieres subir a tu cuarto un momentito? —preguntó. La niña desapareció escaleras arriba. Bea dio media vuelta y se dirigió a Reiter con tono desdeñoso—. ¿Eso es lo que quieres que vea tu hija? ¿A su padre mandando al desierto a dos personas, una de ellas herida, porque tiene miedo de lo que puedan pensar tres forasteros?

—Eso no es justo —se defendió Reiter—. Anajinn nos ha traído la muerte, y no importa cuánto la odien esos hombres, no nos van a matar solo porque se alojase aquí hace seis o siete años. No, a menos que la *encuentren* aquí. Piensa en Lilsa. Piensa en el que viene de camino —dijo Reiter posando suavemente la mano sobre el vientre de Bea—. Nuestros hijos necesitan que Anajinn se vaya. Enseguida. Sé razonable.

Bea bajó la vista hasta la mano de su marido y luego la subió para mirarle directamente a los ojos.

—¿O sea, que estás dispuesto a creer a esos paladines antes que a Anajinn?

—Como ya te he dicho, estoy seguro de que Anajinn exagera —respondió Reiter.

Ella le apartó la mano de su vientre.

—Esos hombres amenazaron con matarte. Ella no te ha mostrado más que amabilidad y sinceridad —le increpó, entrecerrando los ojos—. No sé por qué te disgusta tanto, pero yo la creo. Si aún es posible que los paladines nos lastimen, la necesitamos aquí para proteger a nuestros hijos. ¿Te parece eso *razonable*? —dijo, y se dio la vuelta para marcharse, no sin antes dedicarle unas últimas palabras por encima del hombro—. Tu padre tenía muchos defectos, pero no era un cobarde. Y ahora mismo se avergonzaría de ti.

Y habiendo dicho aquello, salió por la puerta trasera para hablar con las otras mujeres.

Reiter sintió náuseas. *Ella no lo entiende. Hará que nos maten a todos*. Pudo oír el traqueteo de una armadura metálica en el exterior; la cruzada se disponía a entrar. Se escabulló a la sala común. No quería verla. Tenía que pensar.

¿Mi padre se avergonzaría de mí? Reiter frunció el ceño. Desde luego su padre tenía una cierta vena caritativa que él nunca había compartido, pero era ante todo un hombre pragmático. Un hombre razonable.

Aunque Reiter debía admitir que Bea tenía razón en una cosa: los paladines podían volver. Se echó a temblar.

Quizás, solo quizás, Anajinn y su aprendiz pudieran plantarles cara. Había visto lo que le hizo a aquel otro paladín hacía ya tantos años. No lo comprendió, pero lo vio.

Por otra parte, se recordó a sí mismo que aquel día estaba sana. Descansada. Confiada. Ahora era distinto. Hacía escasos minutos se hallaba al borde de la muerte. No importa cuán poderosa fuese su aprendiz ni lo bien que luchasen juntas...

No podrá derrotarlos, decidió Reiter. Bastaba con que uno solo de los paladines sobreviviese, y su familia sufriría las consecuencias.

Nos informarás sin dilación, le había dicho el paladín Cennis.

Reiter se puso en pie. Comprendió con un arrebato de esperanza que aquella era su única opción. Quizá los paladines no se mostraron razonables porque no daban con Anajinn, pero si lo hacían, seguro que se relajarían. Y si Reiter era quien les conducía hasta ella, sabrían que decía la verdad cuando les contó que no quiso ayudarla. A lo mejor hasta lo elogiaban por su franqueza.

Pero Anajinn... ella y su aprendiz morirían. *Mejor ellas que mi familia*, se dijo a sí mismo con firmeza. Salió discretamente de la posada.

Reposo de Caldeum no era muy grande. Reiter estaba convencido de que los encontraría. Se dirigió hacia el oeste. *Nos informarás sin dilación*. Apretó el paso. Luego empezó a trotar.

Al poco, ya estaba corriendo.

* * *

El herrero continuó batiendo el yunque sin vacilar.

—Le comprendo, buen señor —dijo, y volaban chispas con cada martillazo—. Si entra aquí una mujer vestida con una armadura extraña...

—Si entra *cualquier* mujer —le cortó secamente Cennis—. La hereje podría ocultar su identidad. Tratará de confundirle y tentarle para que caiga en el pecado.

—Sí, buen señor. Si entra cualquier mujer, lo buscaré a usted o a alguno de sus hermanos —prometió el herrero, recogiendo con unas pinzas la fina plancha de metal al rojo vivo y examinándola detenidamente. Con un gruñido, volvió a depositarla sobre el yunque y se puso a batir de nuevo sus rebordes—. ¿Necesita algo más de mí, buen señor?

Los dedos de Cennis se crisparon.

—Mírame cuando te hablo, herrero —dijo quedamente.

—Desde luego —respondió el herrero, dirigiendo una rápida mirada al paladín para luego centrarse de nuevo en su trabajo—. Lo que usted diga, buen señor.

No había ni un ápice de sarcasmo en la voz del herrero, pero Cennis se sintió desbordado por la ira. Se acercó al maestro artesano.

—¿Te estoy distraendo? ¿Acaso interrumpo tu precioso trabajo?

—No, buen señor. Le escucho —dijo el herrero. Miró de nuevo a Cennis a los ojos y pestañeó al detectar en ellos un atisbo de peligro por primera vez. Con un profundo suspiro, arrojó el acero de forma descuidada en el barril de agua más próximo para enfriarlo. Una nube de vapor se elevó con un siseo furioso—. Le pido disculpas. ¿Qué más quiere saber, buen señor?

—¿Qué estabas forjando? —preguntó inocentemente el paladín.

—Una rasqueta para barriles —respondió el herrero—. El dueño de la posada que hay camino abajo necesita una nueva.

—¿El propietario de la posada del Oasis?

—El mismo.

Cennis asintió con calma.

—Entiendo —dijo, y era verdad. Entendía mucho más de lo que aquel necio podría imaginar. *El pueblo entero es una piña. Conviven en el pecado.* Todos ellos merecían ser castigados.

Entonces se le ocurrió una idea maravillosa. Miró en derredor; sus hermanos paladines estaban interrogando a otras personas lejos de allí. Mejor.

—Y si ya hubieras visto a la hereje, me lo dirías, ¿verdad?

—Desde luego, buen señor —dijo el herrero.

—No te creo.

El herrero frunció el ceño. Cennis levantó la mano derecha distraídamente, como si inspeccionase su guantelete. Se inclinó sobre el yunque moviendo los dedos. El herrero dio un paso atrás instintivamente. *¿Temas a un siervo de la fe? ¿Qué me estás ocultando?*

—Quiero que entiendas que voy en serio —dijo Cennis. Apretó el puño y la Luz lo envolvió. Una forma brillante apareció entre los dos hombres—. Estoy seguro de que tus rasquetas son de primera calidad. Dime, ¿sabes algo de martillos?

El herrero retrocedió tambaleándose. Incluso sus ojos de pecador podían distinguir el martillo de Luz pura que flotaba en el aire. Curiosamente, la mirada del hombre recorrió toda la habitación. Cennis siguió su mirada, pero no vio nada de interés. Puede que las sombras fuesen un tanto peculiares. Crecían y se movían. Cennis recordaba los tiempos en que un martillo bendito de Luz desterraba todas las sombras. Aquello parecía tan lejano... Hacía toda una vida. Cuando aún era un muchacho.

Cennis se llevó una mano a la frente y frunció el entrecejo. Le dolía la cabeza. El martillo titiló y se desvaneció. Pensar en su infancia le provocaba dolor e interrumpía su concentración. Hizo una mueca y desestimó aquella idea. Hacía toda una vida de aquello. Ya no era relevante. El martillo apareció nuevamente.

—Buen señor —farfulló el herrero con voz temblorosa—. No le...

Cennis balanceó ligeramente el martillo. El yunque explotó en mil pedazos. El herrero se apretó el vientre y cayó al suelo chillando de dolor con una esquirra de metal clavada en las tripas.

—Disculpe, *buen señor* —dijo Cennis—. ¿Qué me decía? —la expresión del herrero era impagable. Indefensión absoluta. Terror descarnado. Cennis sostuvo el refulgente martillo a pocos centímetros del artesano—. ¿Por qué no me cuenta lo que sabe realmente de la hereje?

El herrero suplicó. Lloró. Juró que no sabía nada. Rogó misericordia a Akarat. *Un poco tarde para eso*. ¿Qué clase de criatura perdida no cejaría en su mentira? ¿Qué habían visto esos ojos que se negaba a revelar? Cennis titubeó. Quizá fuesen necesarias medidas más extremas. Proyectó su poder un poco más, hacia el rostro del herrero, y entonces...

Los gritos del hombre cesaron. Sus ojos, abiertos como platos, reflejaron la Luz del martillo de un modo muy interesante. Puro. Sin iris ni pupila que la mancillase.

Entonces brotó el rojo, arruinando el blanco inmaculado de aquellos ojos, acumulándose bajo los párpados del herrero. Cennis lo observó fascinado. Dos pequeños estallidos, inesperadamente sonoros, descargaron sendos torrentes carmesí sobre las mejillas del hombre, seguidos de finos hilillos de un fluido blancuzco. Pero el herrero seguía sin gritar. Su lengua estaba paralizada por el terror.

Cennis comprendió de repente lo que había hecho. Se reprendió a sí mismo; aquel hombre no podría responder a sus preguntas durante horas, sino días. *Qué desperdicio*. Meneando la cabeza, el paladín proyectó su Luz para arrancar la lengua del herrero con un rápido tirón. Ni siquiera tuvo que emplear las manos. El trozo de carne rosácea y flácida cayó sobre la arena, y por fin el herrero lanzó un alarido torturado y carente de

palabras. Cennis lo permitió. Era una idea excelente. La cruzada estaba cerca; estaba convencido. ¿Pero qué tipo de refugio encontraría si todos los habitantes del pueblo estaban ciegos y mudos? No se merecían menos por haber dado cobijo a una hereje años atrás. Sí, estaba decidido: iría puerta por puerta y...

—Que Akarat nos ampare...

El entrecortado susurro llegó de la entrada de la herrería. Cennis se giró lentamente. El posadero. *Ese* posadero. Miraba fijamente al herrero, que seguía aullando lastimosamente.

—Akarat no puede salvaros —dijo Cennis al posadero—. Nadie puede.

—Yo... —la mirada del posadero saltaba de Cennis a lo que quedaba del herrero—. Vengo para informarle... como me ordenó... sin dilación...

—Oh, lo dudo mucho —respondió con tristeza Cennis. Dobló su dedo formando un gancho, y un reluciente aro de Luz rodeó la garganta del posadero. El paladín lo estrechó con fuerza. El posadero empezó a asfixiarse.

—La mujer ha vuelto, ¿verdad? Y has esperado para contármelo. Conozco a los de tu calaña. Has esperado.

Volvió a torcer el dedo, una y otra vez. Varios aros de Luz se cerraron en torno al posadero, atenazando sus muñecas, inmovilizando sus codos. Sus jadeos se convirtieron en gritos sofocados.

Cennis salió de la herrería, arrastrando al posadero tras él.

—¡Hermanos! —gritó—. ¡Hermanos, la pecadora está aquí!

Tras meditarlo unos instantes, alzó de nuevo las manos y llovieron chispas sobre el techo de la herrería. Enseguida se levantó una humareda, y varias lenguas de fuego diminutas se combinaron en llamaradas más intensas. El paladín asintió con la cabeza, satisfecho. En ocasiones sus hermanos en la fe mostraban más pudor a la hora de enfrentarse al mal con la... decisión que prefería Cennis, así que decidió ahorrarles la congoja. El fuego era ideal para eliminar cabos sueltos.

El posadero luchaba por hacer brotar palabras de su garganta constreñida.

—Familia... piedad...

—Shh —dijo Cennis.

* * *

—Cielo, no toques el escudo de la señorita —dijo amablemente Bea, cogiendo en brazos a Lilsa. Le dio unas palmaditas en la espalda a su hija y miró a Anajinn con el ceño fruncido—. No pensarás dormir con esa armadura puesta, ¿verdad?

La cruzada levantó la cabeza de la almohada y sonrió.

—Estoy ridícula, ¿a que sí?

Anajinn suspiró profundamente y reclinó la cabeza. Su aprendiz estaba sentada en un taburete a los pies de la cama, sirviendo té en tres tazas. La cruzada cambió de postura y su armadura repiqueteó suavemente.

Sí que estaba ridícula. Bea reprimió una sonrisa burlona.

—Seguro que duermes mucho mejor si te la quitas —insistió. Lilsa dejó escapar una risita al oído de su madre—. ¿Ves? Mi hija opina lo mismo.

—Y seguramente tiene razón —admitió Anajinn. Su sonrisa parecía sincera, pero en su mirada pesaba la fatiga. Bea tuvo la impresión de que no era la primera vez que se hallaba al borde de la muerte en pocos días—. Pero si esos caballeros regresan, quizá tenga que actuar rápidamente.

Bea calló. Lilsa contemplaba fascinada los reflejos de la lámpara sobre la armadura de la cruzada.

—No puedo creer que de verdad quisieran hacernos daño. Daño de verdad —confesó. Pero las paredes de la posada eran finas, y había oído lo que aquellos paladines le dijeron a Reiter. Había sentido su furia. ¿De verdad podía estar segura de lo que eran capaces de hacer?—. Yo me he criado aquí. He visto toda clase de personas yendo y viniendo. Algunos eran paladines. Cuando yo era pequeña siempre me parecían muy amables. Pero en los últimos años han... —vaciló—. ¿Tú sabes qué ha pasado? ¿Por qué están tan alterados?

La aprendiz miró inquisitivamente a Anajinn. La cruzada guardó silencio durante unos instantes.

—Su oscuridad ha aflorado. La misma oscuridad que persigo en mi cruzada —respondió.

—¿Odias a los paladines? —preguntó Bea.

—En absoluto —replicó Anajinn—. Nuestros cultos tienen las mismas raíces. Yo los veo como hermanos y hermanas. Descarriados, pero familia al fin y al cabo —la aprendiz le dio una taza de té. Anajinn tomó un sorbo antes de continuar—. Hace siglos, un hombre muy sabio se percató de que el culto a Zakarum estaba corrompido en su esencia.

Infectado. La mácula era sutil, pero las fuerzas del mal habían horadado el corazón de nuestra fe. A tenor de las noticias que nos llegan de Travincal, esa maldad ya no se oculta, sino que en los últimos años ha saltado y gritado a los cuatro vientos. Se ha convertido literalmente en el hogar del Odio. Quienquiera que destruyese aquel lugar le ha hecho un favor al mundo.

¿Travincal había sido destruida? Bea se removió intranquila. No estaba al corriente de aquello, únicamente había oído que algo terrible había sucedido allí.

—Hay buenas personas en su orden. Pero me temo que aquellas con inclinaciones malvadas han engullido a los virtuosos —dijo Anajinn—. La destrucción de su refugio podría desequilibrar al resto.

Bea aceptó una taza de té de la aprendiz. Le tembló la mano, solo un poco.

—¿Y tu cruzada consiste en erradicarlos?

Anajinn meneó la cabeza.

—Mi cruzada consiste en erradicar el mal que los corrompe. Buscar algo que pueda purgar la fe. Creía que estaba ahí fuera, en ese desierto, hace tan solo unos días... —sus labios esbozaron una sonrisa cansada—. Purgamos algo, eso seguro. Pero no era la fe.

—Quizá mis entrañas —murmuró la aprendiz.

Su lenguaje sorprendió a Bea, pero la cruzada se limitó a reír.

—Ver a unos cuantos demonios abalanzándose sobre ti desde las sombras es un purgante infalible, sin duda. Eliminamos su baluarte, y eso nunca es una pérdida de tiempo. No lamento haber emprendido el viaje —concluyó Anajinn, y en ese momento frunció el ceño al ocurrírsele algo poco halagüeño—. ¿Dónde está tu marido, Bea?

—Seguramente estará en el piso de arriba, enfurruñado en su estudio —dijo Bea con un susurro malicioso—. Suele hacerlo cuando no consigue salirse con la suya.

Anajinn no compartió su sonrisa.

—No he oído ninguna pisada en el piso de arriba. Ni en ninguna otra parte de la posada. ¿Puedes ir a buscarlo, por favor?

—Bueno —accedió Bea, y con Lilsa aún en brazos salió de la reducida habitación—. ¿Reiter? —exclamó.

—¡Paaaaapiiiii! —la ayudó Lilsa.

No hubo respuesta. Qué raro. Bea se paseó hasta la sala común y volvió a llamar a Reiter. Silencio.

—¿Dónde crees que estará tu padre? —preguntó en voz baja a Lilsa. La pequeña se encogió de hombros. Bea volvió a la habitación de la cruzada—. Se habrá ausentado un momento. Anajinn, ¿por qué...?

La cruzada ya estaba en pie, embrazando su escudo y empuñando su mangual. Su aprendiz estaba sacando una espada corta de su vaina.

—Temo que tu marido haya cometido un terrible error —sentenció Anajinn.

IV

El cordón de Luz (o de lo que quiera que fuese) que estrangulaba su pescuezo no aflojó ni un milímetro cuando los paladines lo obligaron a detenerse. Reiter oía el siseo de su piel, abrasada por el calor. Sus manos se retorcían en vano a su espalda, sujetas por las muñecas.

Sus ojos... sus ojos. *¡Por Akarat, mis ojos!* Todo era oscuridad. El paladín había agitado un dedo en su dirección, y un intenso dolor le perforó el cráneo privándolo del sentido de la vista.

Reiter estaba ciego. Completamente ciego.

—Has hecho bien en confesarnos tu pecado tan pronto —le susurró al oído el jefe de los paladines—. Te enviaremos con Zakarum sin demasiado dolor para que él te juzgue. Al menos me has dado la oportunidad de practicar. Conservarás los ojos en sus cuencas.

Una mano obligó a Reiter a sentarse de un empujón. El posadero sollozó indefenso, lo único que pudo hacer fue aspirar una diminuta bocanada de aire por su garganta.

Oyó a los tres paladines dispersándose por la calle. Reiter trató desesperadamente de suplicar una última vez: *perdonad a mi familia, llevaos a la cruzada, pero perdonad a mi familia*. Mas lo único que escapó de sus labios fueron unos jadeos incoherentes. Cayó sobre un costado. Agudizó el oído con la esperanza de oír abrirse una puerta o ventana en cualquier parte de la calle. Comprendió que eso no pasaría. Nadie acudiría en su ayuda. Nadie del pueblo, al menos. No sería razonable involucrarse en aquella pelea.

El jefe de los paladines llamó con voz clara y estentórea.

—*¡Hereje!* —al cabo de un instante volvió a intentarlo—. *¡Hereje!* ¡Aquella a la que llaman Anajinn! Soy el maestro Cennis. En nombre del culto a Zakarum que has elegido profanar, ríndete inmediatamente y te someteremos a juicio.

Se oyeron fuertes pisadas procedentes del balcón de madera de la posada. Reiter no podía ver más que tinieblas, pero las oyó con total nitidez. La cruzada salió por la puerta sin vacilar ni un instante.

—Posadero, escucha mis palabras —dijo Anajinn—. Haré cuanto pueda por garantizar la seguridad de tu familia.

Su voz estaba cargada de compasión y tristeza, no de la furia y el reproche que él esperaba.

—Pierdes el tiempo —escupió el jefe de los paladines—. Todo el que albergue a un hereje, sea quien sea, sufrirá el mismo destino que la hereje —añadió con una sonrisa cruel.

* * *

Puertas y ventanas se cerraron a cal y canto por toda la calle. Aparte de eso, no se oía nada más en todo Reposo de Caldeum. El pueblo entero contenía el aliento.

Anajinn estudió a los tres paladines. El del centro, que se alzaba sobre Reiter, parecía estar al mando. Los otros dos esperaban sus órdenes, pero creyó ver la duda en sus miradas. A ellos fue a quienes se dirigió.

—Vuestro líder habla de asesinar a un posadero, a su esposa y a su hija pequeña. Y la mujer está esperando otro hijo —declaró, y cada una de sus palabras rezumaba desprecio—. El *maestro Cennis* los ejecutaría a todos sin ningún escrúpulo. ¿Tan bajo habéis caído? ¿*De verdad* os habéis dejado impregnar de tanta maldad?

Aquello provocó otro exabrupto de Cennis, que profirió una enardecida perorata sobre la justicia, la virtud y la herejía, pero ella no le prestó atención. En vez de eso, contempló a los otros dos paladines, que intercambiaron miradas entre sí.

Indecisión.

Remordimiento.

Sabían quién era Cennis. Sabían la clase de monstruo en el que se había convertido. Nunca lo habían admitido, claro; ni entre ellos, ni a sí mismos. Pero lo sabían. En el fondo de sus corazones, sabían que lo que estaba a punto de ocurrir *estaba mal*.

Pero la cruzada vio que la expresión de uno de ellos se endurecía. El segundo no tardó en imitarle. Tan solo quedaba el odio en sus ojos. Anajinn inclinó la cabeza. No les gustaba la idea; no disfrutarían haciéndolo, pero obedecerían. Quizá más tarde lamentasen sus actos, incluso era posible que aquel fuese el momento que algún día los encauzaría por el camino de la redención. Pero el precio de aquella redención serían vidas inocentes.

El paladín continuó con su arenga. Anajinn inspiró muy, muy profundamente, dejando que el aire y la Luz la llenasen por completo. Aquello no alivió su fatiga. El agotamiento parecía aferrarse a todos y cada uno de sus músculos.

Pero la Luz le dio fuerzas. Como siempre hacía. Como seguiría haciéndolo hasta llegar al final de su viaje.

—Que así sea —dijo, y se lanzó a la carga.

Y la Luz la envolvió.

* * *

Se oyó un sonido terrible y maravilloso. Bea dio un respingo. Lilsa escuchaba en silencio, boquiabierta de la impresión. Pronto hubo más ruidos, el fragor de una furia inhumana. De la batalla.

—Reiter. Ay, no, Reiter —gimió Bea.

La aprendiz la condujo por detrás de los edificios en dirección a la única calle del pueblo para alejarlas del enfrentamiento. Empuñaba la espada corta en la mano derecha, con la punta hacia arriba. Con la mano izquierda aferraba la de Bea.

—No te pares —susurró. Otros pueblerinos huían ya hacia el desierto, solos, en parejas o en grupos reducidos. Parecían dispuestos a arriesgarse en el inhóspito yermo con tal de no quedarse ni un solo segundo en el pueblo.

—¡Mi marido! ¿Está...?

Ella negó con la cabeza.

—Anajinn no dejará que lo maten mientras ella siga con vida —otro ruido resonó con fuerza entre los edificios—. Y ella aún vive.

Un clamoroso estruendo ahogó todo comentario posterior. Algo, *alguien*, atravesó la pared trasera de la posada y rodó por la arena. Bea se quedó sin aliento. Habían arrojado a alguien *a través* de toda la posada. Algunas partes del techo comenzaron a venirse abajo; parecía que el edificio no tardaría en desplomarse. La figura que se deslizaba por la arena hasta detenerse ya en el desierto no era Reiter, ¿pero quién...?

—Por el callejón —dijo la aprendiz—. Vamos, en silencio.

Bea se dejó guiar por la estrecha callejuela que discurría entre dos muros de adobe.

—¿Quién era ese? ¿Está muerto?

La aprendiz se asomó por la esquina para echar una mirada furtiva.

—Era uno de los paladines, y no, no lo está —dijo, y luego añadió a regañadientes—. Está dando un rodeo. Pretende volver a la pelea a hurtadillas para flanquear a Anajinn.

La aprendiz miró su espada, y luego a Bea.

—¿Tienes que ayudarla? —preguntó Bea. La aprendiz vaciló.

—Me dijo que no me separase de ti.

—Nos mantendremos apartadas del peligro —afirmó Bea, pero la aprendiz seguía sin decidirse—. ¿Se detendrán esos hombres cuando maten a tu maestra? ¿O cuando maten a mi marido?

—No —respondió la aprendiz con voz queda.

—Entonces vete —le exhortó Bea.

* * *

Anajinn levantó su escudo y dejó que el martillo rebotase contra él. El impacto la sacudió hasta los huesos. Miró rápidamente a través del agujero en la posada. El paladín al que había arrojado por los aires se estaba poniendo en pie. No había muerto. La cruzada estaba más exhausta de lo que pensaba. Aquel golpe tendría que haber acabado con él.

Los otros dos paladines avanzaron inexorablemente. El jefe, el que respondía al nombre de Cennis, le arrojaba martillos de Luz una y otra vez, mientras el otro descargaba una lluvia continua de refulgentes proyectiles luminosos contra ella. Anajinn sostuvo bien alto el escudo, interceptando cada ataque. Cuando el segundo paladín se abalanzó hacia ella y lo tuvo a tres pasos de distancia, bajó el hombro, se afianzó contra su escudo y *empujó*.

La carga del paladín se detuvo en seco al chocar contra una muralla sólida de poder, de Luz pura. Se produjo una rociada de una fina llovizna color rojo. Cuando la Luz se disipó, aún flotaba en el aire una especie de neblina rojiza. Cayeron sobre la arena huesos, solamente huesos, agrietados, rotos y resacos. Incluso la ropa del paladín había sido reducida a polvo.

Anajinn no se deleitó con su muerte. Se limitó a volverse hacia Cennis blandiendo su mangual. Con un grito de sorpresa y furia, el paladín retrocedió de un brinco, haciendo oscilar otro martillo que alcanzó a la cruzada en el hombro derecho. Sintió un estallido de agonía, pero lo ignoró con frialdad.

El paladín bufó y escudriñó lo que quedaba de su hermano.

—*Asesina* inmundada y entrometida. ¡Engendro del mal!

—Será más agradable para todos si dejas de hablar —le increpó Anajinn.

La cruzada se agazapó de repente y volvió a *empujar* con el escudo, pero el paladín reaccionó más deprisa que su hermano. Levantó ambos brazos y detuvo su oleada de energía con una de su propio poder. El contraataque sacudió el escudo de Anajinn, pero ella ya estaba avanzando y describiendo círculos con el mangual por encima de la

cabeza. Cennis conjuró otro martillo para bloquear su ataque, pero la cruzada se abrió paso con el escudo por delante y derribó al paladín sobre la arena. Luego asestó un golpe de mangual, y una energía pura y brillante brotó de él como un relámpago.

El paladín rugió y levantó las manos. *Atrapó* el relámpago. Se lo devolvió.

Anajinn ni siquiera se molestó en esquivarlo. Dejó que la Luz atravesara su cabeza y su armadura sin inmutarse.

—Diablo —maldijo el paladín—. Demonio. Maldita.

—La Luz no daña a los puros de corazón —dijo Anajinn sonriendo con frialdad—. ¿Puedes tú decir lo mismo del poder que esgrimes?

El paladín se puso en pie enfurecido y se arrojó sobre ella. Mangual y martillo chocaron entre sí. La onda expansiva del impacto hizo que estallaran los cristales de las ventanas en toda la calle principal. Anajinn dio un paso al frente, ignorando su creciente cansancio, y...

Dolor.

De repente se encontró tumbada en el suelo, boca abajo. Sin aliento. Ya no tenía embrazado el escudo. Rodó para ponerse boca arriba y balanceó su arma, percibiendo más que viendo el golpe de gracia destinado a rematarla. La cabeza con pinchos de su mangual impactó de lleno en la pierna derecha de Cennis, hallando un hueco en su armadura. El martillo del paladín se desvaneció a escasos centímetros de su cabeza, y Cennis retrocedió tambaleante, sangrando y gritando.

¿Quién la había atacado por la espalda? ¿Y con qué? Trató de ponerse en pie, pero tenía brazos y piernas temblorosos y le fallaron las fuerzas, desplomándose de nuevo sobre la arena. *Mala cosa*, pensó. La piel del costado izquierdo empezó a chamuscarse, y cada vez que respiraba le ardía la garganta. Quemada por dentro. Quemada *desde* dentro. Habría podido jurar que notaba cómo se le asaban las entrañas.

Vaya, pensó. *Esto es nuevo.*

Apretó los dientes y luchó por incorporarse, ignorando el dolor, la fatiga, la debilidad.

—Has escogido esta vida —se recordó a sí misma en voz alta. Su voz sonó gutural en sus propios oídos—. Acéptala. Maldícela. Pero no te arrepientas.

Su maestra le había brindado aquellas palabras hacía mucho tiempo. *No te detengas*. Volvió a asir su escudo y observó la calle con los ojos entreabiertos.

Vio unas luces intensas chocando y centelleando a un centenar de pasos de distancia. El paladín herido, Cennis, gesticulaba violentamente. El otro paladín superviviente, al que Anajinn había arrojado a través del edificio, estaba con él. *Conque fue él quien me cogió desprevenida*. Ahora proyectaba su poder contra otra persona, desprovista de armadura y armada con una espada...

—Mocosa insensata... —musitó Anajinn. Su aprendiz tenía cierta tendencia a desobedecer órdenes. *Igual que yo a su edad*, pensó irónicamente. Pero la muchacha no era estúpida. Inexperta, pero no estúpida. De no haberse unido al combate, la cruzada seguramente estaría muerta. El segundo paladín la habría rematado.

Anajinn vio al posadero; yacía en el suelo, indefenso, retenido por el poder del paladín y a punto de asfixiarse, a juzgar por la tonalidad azulada de su rostro. Se puso de rodillas y disipó sus ataduras con un simple ademán.

Unos jadeos roncros y ásperos brotaron de la garganta de Reiter, y el posadero abrió los ojos.

Anajinn se estremeció. Tenía los ojos totalmente en blanco. Estaba ciego. Una voluta de humo se elevó desde un edificio situado calle abajo; la herrería, supuso meneando la cabeza. Solamente podía imaginar lo que Cennis habría perpetrado allí. Pero ya resolvería luego ese problema.

—Estás bien —dijo la cruzada a Reiter. *Ojalá pudiera decir lo mismo de mí*—. Ponte en pie, si puedes. Tienes que salir de la calle.

Anajinn levantó la vista. Su aprendiz aún mantenía a raya a sus atacantes. Cennis estaba herido, y el otro paladín probablemente estaría maltrecho después de haber atravesado un edificio. Ambos luchaban con dificultad. Su aprendiz estaba prácticamente bailando en círculos a su alrededor.

Los labios de Anajinn esbozaron una leve sonrisa.

—Date prisa, por favor —rogó. El posadero trató de hablar, pero en vez de palabras solo pudo articular resuellos de pánico. *Lo siento*, intentaba decirle. Anajinn le dio unas palmaditas en el hombro. Llevaba el remordimiento escrito en la cara, se reflejaba incluso en sus ojos vacíos—. Si te encuentran, no tendrán piedad. Escóndete bien —dijo. Por fin, el posadero logró emprender una huida renqueante, tanteando el terreno con ambas manos extendidas.

—Escóndete bien —repitió Anajinn con un susurro. No le dijo que huyese del pueblo. Sabía tan bien como cualquiera que ninguna persona en su sano juicio se atrevería a

cruzar el desierto de Kehjistan sin una caravana bien pertrechada. Un ciego, y reciente además, no tendría ninguna oportunidad.

Para salvar a Reiter y al resto del pueblo, los paladines debían morir.

Vio al cojeante Cennis acometiendo a su aprendiz. La muchacha entraba y salía del alcance del paladín como una flecha. Como no llevaba armadura, aprovechó su agilidad para abrir una pequeña herida en el brazo del segundo paladín al tiempo que erigía un muro de poder para detener su envite.

Anajinn se acercó a la refriega dando tumbos con una sonrisa de determinación. ¿Qué clase de maestra sería si dejara que su aprendiz acaparase toda la diversión?

* * *

—Por aquí, Lilsa —dijo Bea. Tuvo que hacer un esfuerzo por mantener la calma, pero lo consiguió. Se deslizaron pegadas a la pared lateral del colmado, bordeándolo en dirección al camino principal—. Ya queda poco.

Lilsa le apretaba la mano con expresión asustada, pero no lloraba ni gritaba.

—¿La cruzada va a ganar a los hombres malos?

—Pues claro —respondió su madre con más confianza de la que sentía—. Vamos a buscar a tu padre.

Había visto a Reiter dando traspiés hacia el otro lado de la calle. El miedo le hizo un nudo en el estómago; parecía malherido y confuso.

De repente se vieron abrumadas por un estruendo ensordecedor y el prolongado estrépito de varias tablas de madera crujiendo y paredes desmoronándose. Bea se quedó inmóvil hasta que el ruido cesó, dejando paso al fragor del combate.

Se asomó por la esquina del edificio y se le cortó la respiración.

La posada del Oasis, su hogar, y con ella la botica que acababan de abrir en la casa contigua, estaban derruidas. Un golpe tremendo las había derribado de sus cimientos. Bea musitó una plegaria. Creyó haber visto antes al galeno y a su mujer saliendo de la botica. Deseó no haberse equivocado.

Al otro lado de la calle, a través de un callejón, Bea vio que alguien avanzaba dando tumbos y tanteando las paredes para orientarse. *Reiter*. Para llegar hasta él, Bea y Lilsa tendrían que cruzar la calle y exponerse a los combatientes.

Como esto dure mucho más, Reposo de Caldeum acabará en ruinas, se dijo Bea. A la vista de los poderes que desataban unos contra otros, parecía que ocultarse tras un edificio no serviría de mucho. Irse no sería mucho más peligroso que quedarse donde estaban.

Inspiró profundamente y tomó a Lilsa en brazos.

—¿Lista para ir a por tu padre? —le preguntó. Lilsa asintió con la cabeza—. Pues vamos allá —dijo, echando a correr hacia la calle.

* * *

Cennis gruñía mientras descargaba martillazo tras martillazo contra las dos herejes. Una y otra vez, la mujer acorazada bloqueaba sus golpes y la más joven los eludía hábilmente.

De repente la muchacha se acercó a él y le lanzó un tajo. Su espada le rebotó en el brazal. Fue por pura suerte que no le cercenó el brazo a la altura del codo expuesto. El paladín esperó a que se apartase de su alcance e invocó otro martillo. Esta vez a su espalda.

La aprendiz giró sobre sus talones y levantó los brazos para defenderse del ataque, pero Cennis dejó que se disipara inofensivamente y le arrojó otro martillo directamente desde el pecho. La muchacha giró la espada y el martillo golpeó metal en lugar de carne, pero la fuerza del impacto la hizo volar por los aires a varias docenas de pasos de distancia. Con una sonrisa, Cennis dedicó toda su atención a la cruzada. Anajinn. Seguía siendo una rival formidable, observando a los dos paladines con fría determinación, pero la potencia de sus golpes menguaba. Así debía ser. Así les ocurría inevitablemente a todos los enemigos de la Mano de Zakarum cuando se enfrentaban a su virtuosa cólera. La cruzada blandió su mangual una, dos, tres veces, siempre fallando por un escaso margen.

—Es hora de morir —dijo Cennis.

—Como quieras —replicó ella. Y de repente había dos cruzadas... tres... cuatro... todas *cargando* contra él...

Con un bramido, Cennis propinó furiosos golpes a dos figuras traslúcidas y brumosas que se abalanzaron sobre él empuñando sendos manguales que silbaban al girar. Sus ataques las alcanzaron a ambas y se desvanecieron como el humo en la brisa.

El otro paladín no fue tan veloz. Otras dos Anajinns le golpearon con sus manguales, y varios trozos del hombre volaron en distintas direcciones. La bruma se disipó, y volvió a quedar una sola Anajinn, apoyada sobre su escudo, exhausta, pero aún capaz de dedicar a Cennis una sonrisa salvaje y triunfal.

—Dime, paladín —dijo ella—. ¿Te arrastraron tus ancianos a las garras del mal, o cediste a él por voluntad propia?

Cennis la miró con el rostro desencajado. La aprendiz volvía a la carga, lentamente, dolorida pero resuelta. Durante un breve instante el paladín se quedó quieto. Luego dio media vuelta y emprendió la huida, cojeando y sangrando.

Oyó gemir a Anajinn.

—No me hagas perseguirte —exclamó ella. Cennis apretó los dientes; en su interior se batían el miedo y la furia. *Tengo que alejarme. Tengo que matarla. Tengo que... tengo que...*

Calle abajo vio una figura que se escabullía por un callejón. Cennis la siguió.

* * *

Anajinn esperó a que su aprendiz la alcanzase.

—Podía habernos ido peor —comentó la cruzada con una sonrisa dolorida.

—El paladín... la mujer del posadero... —jadeó la aprendiz, casi sin aliento. La sonrisa de Anajinn se esfumó.

—¿Dónde?

La muchacha señaló hacia un callejón que había más adelante. Cennis desapareció en su interior.

De algún modo logró reunir las fuerzas necesarias para ir tras él.

* * *

—Reiter —dijo Bea apretando las manos contra las mejillas de su marido—. ¿Qué te han hecho?

Los ojos blancos del posadero giraron en sus órbitas.

—No veo nada —respondió con voz forzada. Se aferró a las muñecas de su esposa como si le aterrara la posibilidad de que lo soltara—. Me ha quitado... no veo nada. ¿Estás bien? ¿Y Lilsa? ¿Está aquí?

—Estoy aquí —dijo Lilsa. La niña tenía los ojos muy abiertos y empañados de lágrimas.

Reiter se agachó, mirando en la dirección equivocada y extendiendo los brazos en su busca.

—¿Lilsa?

Por fin sus manos la encontraron y la atrajo hacia sí para abrazarla y mecerla, levantando la vista como si tratase de mirar a los ojos a Bea.

—Lo siento —gimió—. Lo siento mucho.

—Eso ya no importa —lo tranquilizó Bea con toda la firmeza que supo reunir—. Creo que... —guardó silencio para escuchar durante un instante. El ruido del combate había cesado—. Creo que la lucha ha terminado.

—¿Quién ha ganado? —susurró Reiter.

Bea abrió la boca para contestar *No lo sé*, pero otra voz la interrumpió.

—La Mano de Zakarum siempre gana, escoria.

Lilsa gritó.

* * *

Aquel grito era inconfundible. Era una niña.

—Da la vuelta por el otro lado —dijo Anajinn en voz baja.

—No pienso abandonarte —replicó su aprendiz meneando la cabeza.

—No te lo estoy pidiendo: que des la vuelta por el otro lado —repitió la cruzada, esta vez con rudeza. La aprendizaa asintió a regañadientes y rodeó cojeando el edificio; una tonelería, a juzgar por su aspecto.

Anajinn esperaba que el posadero y su familia hubiesen escapado ya. Pero nunca depositaba demasiada confianza en las esperanzas.

—¡Paladín! —gritó Anajinn—. ¿De verdad pretendes mezclar a inocentes en nuestra lucha?

Una sombra emergió del callejón.

—En este pueblo no hay inocentes —contestó una voz cargada de furia—. No cuando dan cobijo a los de tu ralea.

Anajinn tensó la mandíbula y levantó su escudo. Sospechaba que apelar a su misericordia sería inútil. Pero quizá azuzando su orgullo...

—¿Entonces prefieres esconderte en la oscuridad? —le increpó. Tenía que sacarlo del callejón, darle a su aprendiz una oportunidad para flanquearlo—. ¿Así es como luchan los *siervos de la fe*?

El paladín salió a la calle profiriendo un rugido bestial. El corazón de Anajinn dio un vuelco. Cennis tenía el brazo izquierdo alrededor del cuello de Bea, y sostenía el puño derecho a pocos centímetros de su oreja. Y peor aún, Bea llevaba a Lilsa en brazos. La niña se apretaba contra el vientre de su madre con la mirada clavada en el hombre que las retenía a ambas.

Brotaron chispas del puño derecho del paladín. Bea no se inmutó, ni siquiera cuando las chispas entraron en contacto con su piel. *Bien*, pensó Anajinn. *No le concedas nada. Que tu hija no te vea derrumbarte.*

—Qué orgullosos estarían tus ancianos si te vieran ahora —se burló Anajinn—. ¿Se enorgullecería también la congregación de los templos de Travincal si vieran a un adalid de su fe escudándose como un cobarde tras una embarazada y una niña?

Cennis se rió; era un sonido desesperado.

—No existe ninguna congregación. Ya no. Travincal... Ni siquiera creo que nos queden ancianos. Pero cumpliré la misión que me ha sido encomendada.

—¿Y qué misión es esa?

—Herejes. Siempre hay herejes por doquier. Sé lo que sois —dijo, y su carcajada demente resonó por toda la calle—. Pocos en mi orden son conscientes de ello. Pero yo lo sé. Creéis que nos hemos corrompido. Que estamos condenados. Pero sois vosotros los que os marchasteis, cruzada. Tú y los tuyos rechazasteis vuestro deber. No os enfrentasteis a nada. Huisteis y os escondisteis en los pantanos. Nosotros nos quedamos para hacernos cargo del problema.

—¿Eso es lo que te contaron tus ancianos? Te mintieron.

Ni siquiera parecía escucharla. Su expresión se trocó de furia en horror en un abrir y cerrar de ojos. Tenía la mirada perdida, a mil kilómetros de distancia y a veinte años atrás.

—¿Por qué huisteis? ¿Por qué me abandonasteis? —sus ojos se llenaron de lágrimas, su voz se quebró como la de un niño—. Las cosas que me hicieron... las cosas que me obligaron a hacer... ¿Por qué no nos ayudasteis? ¿Acaso lo sabíais? ¿Sabíais lo que me esperaba? Me obligaron a odiar. Me llenaron de odio —le temblaba el puño, pero no lo apartó de la cabeza de Bea.

—Sabíamos lo suficiente —dijo Anajinn con voz suave—. El mal ya se había apoderado de los cimientos de Zakarum. No podíamos salvarlo. Nosotros solos no. Así que buscamos algo que pudiera.

—¿Lo habéis encontrado? —preguntó de nuevo con aquella voz infantil. Había esperanza.

—Todavía no —replicó Anajinn.

—Entonces todo ha sido en vano. Todo para nada —dijo Cennis, y durante un breve instante pareció a punto de romper a llorar. Entonces el niño desapareció y regresó el paladín—. Depón tus armas, cruzada. Suelta el escudo. Quitate la armadura. O las mataré.

Cennis apretó el brazo alrededor del cuello de Bea. La mujer miró fijamente a los ojos de Anajinn, una súplica silenciosa no por su vida, sino por la de Lilsa.

Reiter salió arrastrándose del callejón, girando la cabeza sin mirar a nada en particular.

—¡No! —exclamó—. Mi familia. Piedad, por favor. ¡Piedad!

—¡Obedece, cruzada!

Anajinn vio a su aprendiz asomando por la esquina de la tonelería, detrás de Cennis. También vio que la muchacha meneaba lentamente la cabeza. Exhaló. La aprendiz no podía hacer nada mientras Cennis tuviera su armadura completa y a sus dos rehenes. Cualquier ataque lo bastante potente como para eliminarlo también las mataría a ellas.

Una sensación de paz se apoderó de ella. Dejó que el mango de su mangual se escurriese de sus dedos. El arma cayó al suelo.

—Quiero que sepas una cosa, Cennis —dijo mientras clavaba con fuerza su escudo en la arena. Allí se quedó, erguido—. Quiero que tengas esperanza —sus guanteletes fueron los siguientes en besar la arena. Luego su coraza. La sencilla camisa de tela que vestía debajo seguía manchada de sangre y sudor—. No he encontrado lo que buscaba. Tampoco mi maestra, ni su maestra antes que ella —continuó, deshaciéndose de sus hombreras y luego de sus quijotes—. Y pese a ello, no lamento nada. Alguien encontrará lo que necesitamos. La fe será purificada. No importa lo que me haga —afirmó mientras se descalzaba las botas de sendas patadas—. Porque aún no he llegado al final de mi viaje. Mi cruzada continuará.

Anajinn vio un destello de esperanza infantil en la mirada de Cennis. Fue un instante fugaz, pronto se vio eclipsada por una crueldad homicida. El paladín extendió el brazo derecho y un brillante martillo salió disparado hacia ella.

La cruzada cerró los ojos y sonrió hasta el final.

* * *

Bea cerró los ojos con fuerza. Instantes después, el ruido cesó. El hombre la liberó de la férrea presa de su brazo.

—No te atrevas a moverte, mujer —le gruñó el paladín al oído. Ella asintió con la cabeza, pero el hombre ya se había apartado para acercarse a Anajinn.

O más bien hacia lo que quedaba de ella. Bea abrazó a Lilsa para impedir que volviese la cabeza y lo viera. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—A mí me parece que tu viaje ya ha terminado —se burló el paladín, propinando una patada al peto de la cruzada—. Tu búsqueda ha terminado.

—No.

Bea y el paladín se volvieron al mismo tiempo hacia la voz. Allí estaba la aprendiz, espada en mano. Cennis rugió y le arrojó un martillo de energía.

Se produjo un tremendo estampido de furia y violencia, y una enorme llamarada explotó en el lugar donde hacía meros segundos se había encontrado la muchacha. No se vio rastro alguno de la aprendiz.

Durante un breve instante.

Una intensa luz descendió de los cielos. La aprendiz descendió con ella. El paladín la vio venir. Y en su rostro se dibujó una expresión infantil de alivio.

Y luego todo terminó.

La aprendiz se arrodilló junto a su maestra y murmuró algo que Bea no alcanzó a oír. Pero las perlas de luz que caían sobre la arena eran inconfundibles. Lágrimas.

La muchacha se puso en pie. Recogió el escudo de Anajinn.

—¿Bea? —imploró Reiter—. ¿Bea? ¿Estás herida?

Bea corrió a reunirse con él.

—Estoy bien. Y Lilsa también.

—¿Y Anajinn? —dijo el posadero con voz temblorosa—. ¿Está...?

—Estoy aquí —respondió la aprendiz. Bea la miró confundida.

—¿A... Anajinn? ¿Eres tú? —preguntó Reiter inclinando la cabeza.

—Sí —contestó la aprendiz. Se ciñó la última pieza de la armadura de la cruzada y se aproximó al posadero ciego. Con sumo cuidado, posó la mano sobre su frente y abrió el códice de Anajinn. Comenzó a recitar en voz baja un pasaje diferente. Reiter pestañeó varias veces; movió la cabeza sin parar de un lado a otro. Sus ojos ya no eran blancos; sus pupilas habían vuelto a aparecer y miraban a su alrededor. La aprendiz suspiró—. Es todo cuanto puedo hacer. ¿Te encuentras bien?

Reiter miró directamente a Bea.

—No puedo... está... está todo muy borroso —dijo entrecerrando los ojos. Miró a la muchacha—. Gracias, Anajinn —dijo, aunque se notaba la indecisión en su voz. Bea advirtió que podía distinguir la forma de su armadura, pero poco más—. Tu voz suena distinta.

—Sí, supongo que sí —respondió ella.

V

—Esto es lo que acarrea el juramento —dijo Anajinn—. Una entrega en cuerpo y alma a la búsqueda. Un compromiso para salvar la fe, aun cuando no seas tú quien la salve.

Reiter la escuchaba atentamente, encorvado y con la espalda dolorida. Las palabras de la cruzada llegaban a sus oídos desde la biblioteca, apagadas pero aún audibles, incluso con la puerta cerrada. Cuando reconstruyeron la posada hacía ya veinte años, tuvo que conformarse con paredes más finas. Había vendido la mitad de sus tierras para costear las obras. Tuvieron que hacer muchos sacrificios. Y pese a todo, la posada jamás recuperaría la gloria de antaño.

—Creo que lo entiendo —dijo Lilsa. No cabía en sí de alegría por volver a ver a Anajinn por primera vez desde que fuera una niña. Se pasó días enteros conversando con la cruzada—. No es esperanza: es un propósito. Por eso heredáis el nombre de la cruzada original. Porque intentáis honrar su sacrificio.

—Es una de las razones —respondió Anajinn.

Reiter sintió una punzada en el estómago. Se sentó silenciosamente en las escaleras, notando cómo chasqueaban sus articulaciones. No quería que lo descubriesen espiándolas. Abría y cerraba sus manos, nudosas por la edad desde hacía ya tiempo, mientras ponderaba lo que oía. El corazón se le aceleró y la frente se le perló de sudor.

—¿De verdad te sientes preparada para este compromiso, Lilsa? Mi maestra me dijo una vez que si elegía esta vida, podía aceptarla o podía maldecirla, pero jamás arrepentirme. Nuestra orden no es longeva, y los años que tenemos la suerte de vivir están plagados de penurias.

—Sí —declaró Lilsa con firmeza. Reiter cerró los ojos reprimiendo un gemido—. Deseo acompañarte en tu búsqueda a... —hizo una pausa—. ¿Adónde iríamos primero?

—A decir verdad, hace poco he cambiado mis planes —respondió Anajinn—. Dicen que ha caído una estrella en Nueva Tristán. Seres de pesadilla caminan por la región. Sospecho que no seré la primera cruzada en ir allí, pero quizá podamos ser de utilidad.

Lilsa aplaudió emocionada. La puerta de la biblioteca se abrió de repente, y Reiter se levantó y fingió que bajaba por las escaleras en dirección a la sala común. Trató de ocultar la preocupación en su rostro. Un millar de palabras revolotearon por su mente, formando sermones, advertencias, negativas, ultimátums. Cualquier cosa con tal de conseguir que Lilsa cambiase de opinión, de hacerla entrar en razón.

Pero sabía que nunca tendría el coraje de pronunciar ninguna de ellas.

—Padre —dijo Lilsa—. Tengo que decirte una cosa muy importante.

—Sí, supongo que sí —respondió él.